

ALMA IBERICA

Director: A. Solis Avila



Dibujo de Solis Avila.

30 céntimos.

PUBLICACIONES
PRENSA MADRID

DOCTOR FOURQUET, NÚM. 4. MADRID

LA RISA Semanario humorístico. 30 céntimos. — Sale los domingos. Colaboración de los mejores escritores y dibujantes.

PANCHO KOLATE Revista infantil. Sale los domingos. PRECIO: 20 CÉNTIMOS.—Muchos y valiosos regalos.

BIBLIOTECA DE "LA RISA,"
SEIS NOVELAS LUJOSAMENTE ENCUADERNADAS, DOS PESETAS
Alvaro Retana, Fernando Luque, Luis Esteso, Nicolás de Salas, A. R. Bonnat y Ramón Gómez de la Serna. — Número suelto, 25 céntimos.

LEA USTED

LA NOVELA DEL SÁBADO

64 páginas. 25 céntimos. Los mejores autores. Cubiertas a color.

DIRECTOR: NICOLÁS DE SALAS

NO DEJE DE LEER EL

Almanaque de LA RISA de 1924
SESENTA CÉNTIMOS

Antonio Montes

SASTRE DE SEÑORA Y CABALLERO

Princesa, 5, principal.

GRAN SALÓN DE PELUQUERÍA

DE

GERARDO DONÁZ

Gran confort. — Limpieza, esmero. — Reciente y amplísima reforma de local.

◎ ◎ ◎

10 OFICIALES 10

Calle de Latoneros, número 7

Teatro Romea

Grandes atracciones de variedades.

Exito de la castiza cancionista

Dora

la Cordobesita

◎ ◎ ◎

En breve GRANDES DEBUTS.

Manuel Ortiz

PRACTICANTE EN MEDICINA

Y CIRUGÍA

Inyecciones, masajes, curas, etc., etc.

Precios módicos

◎ ◎ ◎

Calle de la Cruz, 14,
entresuelo.

MADRID

A. MATAMALA

EDITOR DE MÚSICA

Tiene a la venta los éxitos musicales de más actualidad. - Compren ustedes **La tarde del Corpus**, la canción de más éxito de Raquel Meller en París. Precio: 2,50 ptas. ejemplar.

Plaza de Isabel II, número 2. - Madrid

TEATRO MARAVILLAS

Gran éxito de MARIA CONESA y PAQUITA ALCARAZ.

Próximo debut de LOLA MÉNDEZ.

Kaulak

Fotógrafo de Sus Majestades y Altezas Reales

Alcalá, núm. 4.

Teléfono 10-72.

Madrid.

Editorial Música Española

ARENAL, 3

Tiene a la venta las creaciones de CONSUELO HIDALGO «Daddy Doll», «El Revisor», «Patro la revoltosa» y «¡Tú... eh...!»

Venta de rollos de «Doña Francisquita».

La Campana

Gran establecimiento de toda clase de bebidas.

□ □

Calle de Espoz y Mina, 15

MADRID

M. Bertrán Reyna

Estudio de Variedades

HORAS: DE 4 A 8

□ □

Pelayo, 70, duplicado

MADRID

H. THIELE

Especialidad en vestuarios para artistas. Inmenso surtido en figurines de la más completa novedad.

Dibujante exclusivo: ALVARO RETANA.

SE ADMITE TODA CLASE DE ENCARGOS

Desengaño, 12, MADRID

Colaboración de las
más prestigiosas fir-
mas. — Información ge-
neral de todo el mundo.
Extensas informacio-
nes gráficas de actua-
lidad.

SE PUBLICA LOS DÍAS
10 Y 25 DE CADA MES

ALMA

IBÉRICA

Redactor-Jefe.
FIDEL PRADO

REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN:

Vinas, número 21, 3.º

TALLERES:

Imprenta Artística
Calle del Norte, 21. Tel. 17-65 J.

Apart. Correos 10.032

CRÓNICA DE ACTUALIDAD

Cuando ya ha pasado el Carnaval

HASTA otro nuevo año, el Carnaval se fué. En esta sucesión, un poco monótona, por lo igual y lo prevista, de los temas del año, el Carnaval llegó, como todos los años y, como todos los años también, se fué... Y tras él, siguiendo la renovación de siempre, llegarán los días penitenciales de Semana Santa, y luego las jornadas embriagadas de Mayo, y más tarde la noche milagrosa de San Juan... La vida de la tierra seguirá pasando por estos momentos que los hombres le fueron señalando...

Ahora, ya ha pasado el Carnaval. Dejaron de oírse sus gritos; dejó de caer el «confeti» en lluvia policroma; dejaron las serpentinas de cruzar el aire; dejaron de oírse las estudiantinas, y dejó de escucharse la loca algarabía de toda la fiesta. Los ruidos fueron extinguiéndose, y ya de la pasada locura queda tan solo el recuerdo, hasta que torne un nuevo año...

El Carnaval acentuó este año sus burdos caracteres. El libertinaje y la sensualidad triunfaron. En las calles, en las avenidas, en los salones de baile la inconsciencia y la barbarie fueron dioses tiránicos. Y es que el Carnaval verdadero, el carnaval de la calle y de la vida, grosero y brutal, es bien distinto del otro Carnaval, del carnaval literario, del carnaval en que triunfan las estrofas de Arlequín y las coqueterías de Colombina, la tentación de la aventura y el perfume del misterio...

Las gentes se aturdieron tanto durante este último carnaval, que no pudieron oír sus propias voces ni las voces de fuera. Las voces de su conciencia y las voces ajenas, las de la verdadera vida y el verdadero interés, no fueron escuchadas por los que seguían aturdidos en las jornadas carnalescas, con el oído cerrado a todo lo que no fuese ruido de orgía o palabra de sensualidad...

¿Era posible que las gentes pudieran permanecer insensibles al ritmo de lo que verdaderamente les debiera interesar? Sin embargo, así fué... Y el carnaval llegó, y las gentes se hundieron por completo en su libertinaje y en su grosería, olvidándose de los mil temas que son la inquietud del mundo...

Era triste el desfile de las mascaradas, entre frases burdas, palabras torpes, ruidos que aturdían, aglomeración y encañallamiento. Y la muchedumbre corría, gritaba, bebía, inconsciente y ciega, olvidada de que con aquel encenagamiento se estaba labrando su perdición... Se comprendía, ante el doloroso espectáculo, que todo anhelo de redención o toda voz de sinceridad habían de fracasar y resultar estériles ante la ausencia de espiritualidad, de rectitud y de entereza que se reflejaba en los actos de la multitud enloquecida...

Ahora, cuando ya ha pasado el carnaval, es necesario que todos quitemos esa venda de locura sobre nuestros ojos. Y es preciso que tendamos la mirada hacia dentro y hacia fuera, hacia nosotros y hacia la vida. El mundo entero y España misma están viviendo horas demasiado dramáticas y demasiado intensas para que nuestros oídos y nuestros ojos permanezcan insensibles a la realidad. Mientras la guerra proyecte su sombra fatídica sobre la tierra, y el egoísmo tienda redes en la sombra, y la inquietud y el temor alienten sobre muchas tierras y sobre muchas almas, no es posible que ningún espíritu se aturda con los estrépitos del carnaval ni se hunda en una sima de libertinaje que a nada conduce. Porque esas horas de abyección, de barbarie, de olvido de todo lo noble y todo lo vital, son las que, más tarde o más temprano, labran las coronas de espinas de los pueblos...



ARTE TEATRAL

LA CRÍTICA ⁽¹⁾

No se necesita ser un Hipólito Taine, un Renán, un Spencer o un Menéndez y Pelayo para escribir buenas críticas teatrales.

Claro es que la cultura no entorpece, sino que facilita la labor.

Un hombre, cuyo espíritu sagaz se halle saturado de lecturas escogidas, será mil veces mejor crítico que un hombre zafio e ignorante, que juzgue por sentimiento.

Para ser buen crítico hay que descomponer, es decir, analizar, punto por punto

(1) En el número que viene continuaremos hablando de La crítica.

to, cada uno de los defectos y cada una de las bellezas de la *Obra*.

Hay que forjarse, en la imaginación, lo que el artista quiso hacer y lo que en la realidad ha hecho.

Un intento grande, defectuoso, forzado, sin resolver, debe aplaudirse más y mejor que una *cosa* pequeña, *alambicada*, llena de falsas y calculadas perfecciones...

El genio crea por impulsión, mientras el talento ejecuta por reflexión...

Estas cosas deben tenerse *bien* en cuenta.

En el uno estalla la chispa inspiradora que incendia y alumbra su ente infinito, arrollando como un simoum tumultuoso cuanto pilla a su paso, sin detenerse ni esperar, sin que haya valladares ni muros de contenciones... La fiebre lo envuelve, lo fascina, lo impulsa, lo devora..., juguetea con su alma, consume su cerebro, se burla de su corazón... Una sed, sed implacable y creadora, sed de luz y de grandeza, anula su personalidad, transforma su psiquis, incorpora a su ser radiaciones e impulsos desconocidos, inesperados... Pasa de la conciencia a la subconsciencia; de la razón a la locura, al delirio, a las alucinaciones... Ni ve, ni oye, ni siente... Sólo la *Obra* se extiende ante él, como un abismo misterioso, como un nuevo sol, rutilante, que rodará por el Universo, reflejando sus rayos de luz en la frente creadora para arrancar de ella color, armonía o pensamiento...

¿Qué crítico sería capaz de juzgar la *Obra* así hecha?... ¿Quién pediría *Reglas de Arte* a la exaltación de la *Belleza*, cuando esa *Belleza*, ya sea pictórica, musical o literaria es plétora de vida, de sensibilidad y de emociones?..

¡No!... ¡No!... Para estas *Obras* no hay crítica posible... Estas *Obras* no pueden juzgarse con cuatro reglas aprendidas de memoria, en libros que escribió la *ignorancia* rutinaria...

Para juzgar aquí hay que elevarse y engrandecerse, mirando desde la cumbre, oteando desde la cúspide y contemplando, sin temblar, el fondo del abismo...

Y el abismo atrae, subyuga, conmueve, nos llama, como llama a los cuerpos débiles y enfermos el *áspid* dulce y tranquilo de la muerte redentora...

RICARDO MARTÍNEZ.

NOTAS TEATRALES



El ilustre comediógrafo don Jacinto Benavente, nombrado hijo predilecto de Madrid en un homenaje celebrado en el Ayuntamiento.



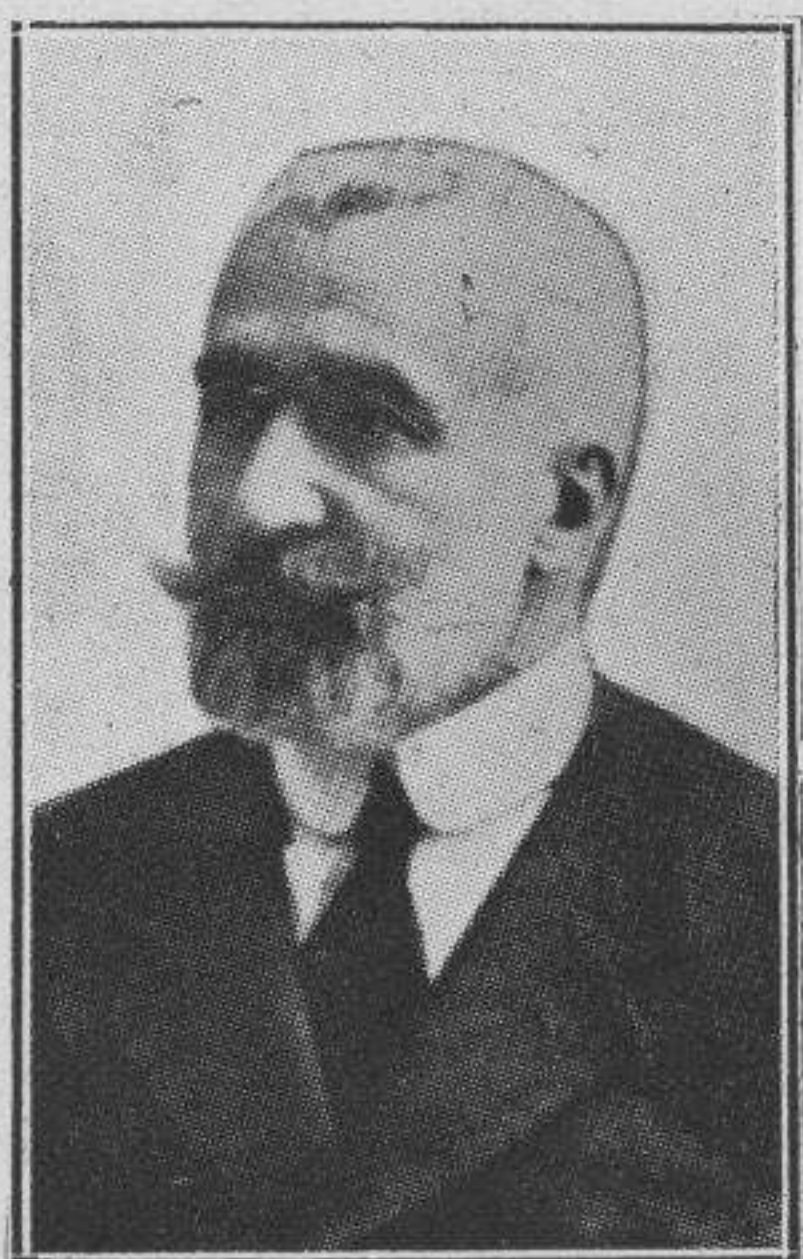
Don Manuel Linares Rivas, que con su obra «La jaula de la leona», estrenada recientemente en la Princesa, ha logrado un nuevo triunfo.



Dora la Cordobesita, castiza cancionista española que ha reaparecido en Madrid con el éxito de siempre.



La popular estrella del baile Nati la Bilbainita, que en pleno triunfo de belleza ha fallecido recientemente en Bilbao.



Don Tirso Escudero, prestigioso empresario que se ha hecho cargo de la dirección artística del nuevo teatro construido en la Gran Vía.



La popular artista María Conesa, que ha debutado en Maravillas con gran éxito.



Enrique Borrás, que también marcha a América a imponer con su prestigio nuestra producción artística.



El maestro Vives, que marcha a América como embajador de nuestro glorioso arte lírico nacional.



Los hermanos Quintero, autores de la comedia «Mi hermano y yo», estrenada con gran éxito en el teatro Lara.



Eugenia Zuffoli, que tras una corta, pero lucida actuación, se despedirá en breve del público madrileño.



Catalina Bárcena, que en su nueva modalidad artística de cancionista está obteniendo grandes triunfos en Eslava.

LA TAZA DE TE

TOMÁBAMOS cerveza en la terraza del Ritz, y mis amigos, profanos en medicina, quisieron saber la historia de mi cicatriz.

—Sí, sí, doctor; venga la historia.

Y yo, accediendo, les dije así:

—Fué una tarde en que mis buenos amigos y clientes, los condes de... H, daban un te en su palacio de la Castellana, para anunciar el concertado enlace de su unigénita Carolina—«Linita», como la llamábamos todos—, con Luis Sandoval, hijo de un opulento banquero, ávido de aristocratizar sus millones.

Aquella tarde, ya al crepuscular, y después de haber saboreado en el gran salón con todos los concurrentes mi aromática y predilecta bebida, sentí en el saloncito amarillo, tras un japonés biombo, el argentado desgrane de comprimida risa femenil, y al asomarme, indiscreto, observé que en aquel oculto y penumbroso rinconcito dialogaban los prometidos...

Asustada «Linita», dejó caer su taza de te, una preciosa taza de finísima y auténtica porcelana de Sèvres, que se rompió solamente en dos trozos, y que yo después compuse en mi laboratorio, merced a una pasta adhesiva de mi invención, con gran contento de los condes de... H, que tenían en estima la integridad de aquel juego de te, verdadera joya de arte.

Y pasaron cerca de dos meses, y por teléfono me avisó la condesa para que, cuando pudiera, fuera a ver a «Linita», que tenía en la boca una ulcerita.

Verdaderamente aquella ulceración pequeña, socavada y casi indolente que «Linita» presentaba en el labio inferior, me dejó perplejo. Indagué, pedí antecedentes y no encontraba medio, ni por síntomas sugestivos ni objetivos, de establecer un exacto diagnóstico primero y un tratamiento adecuado después. Aquello, realmente, parecía una úlcera avariósica...; pero... imposible, en «Linita», imposible; ¡ella, tan buena, tan honesta, tan virtuosa, tan... vigilada siempre!; de seguro era que mi retina se había impresionado equivocadamente. Pero... ¿entonces qué era aquello que parecía un chancro infecto...?

Haciendo estas reflexiones hallábame yo solo en el comedor de diario de los condes apurando una tasa de te, mi bebida favorita, mientras meditaba el plan terapéutico, y de súbito ocurrió un hecho sobrenatural, misterioso, increíble: la tacita rota, reconstruída por mí, me habló de esta suerte:

—No te equivocas, no, querido doctor. Yo te estoy altamente agradecida porque a tu maravillosa pasta debo la curación de mi fractura y sigo sana y servible; ello me obliga a decirte que, efectivamente, lo que tiene «Linita», mi pobre, angelical e inocente ama es, por desgracia, infeccioso; es lo que tú opinas: avariósico. Aquella tarde que la sorprendiste en unión de Luis, de su prometido, de ese mal caballero, yo en parte contribuí, en contra de mi voluntad, a la infección, al horrible y nefando conta-

gio; yo era la taza donde «Linita» tomaba el te. Luis tomó de mí unos sorbos en el sitio de mi borde, donde «Linita» puso sus labios, y en el mismo borde después ella, la inocente, apuró el resto; y entonces, y además y por primera vez, ese hombre sin entrañas, que conocía su enfermedad, besó repetidas veces, apresuradamente, furtivamente, los labios de «Linita», y Luis tenía en los labios, en la boca y en la garganta placas avariósicas que aún le duran.

No quise oír más; me levanté anonadado, y bruscamente, groseramente, me marché sin despedirme de la condesa ni de «Linita», de la pobre «Linita», a quien yo quiero como a mis hijas, porque con ellas se crió, porque la libé en su niñez tres veces de las garras de la Descarnada.

Desde la Castellana, mi «auto» me transportó en contados minutos al Club; allí, en la Biblioteca, Sandoval ojeaba una revista; me acerqué a él, invitándole a seguirme a la sala de visitas del Casino; cerré la puerta con llave y violen-

tamente le obligué a que abriese la boca y vi su cabidad y sus fauces con vestigios positivos de avariosis.

Era cierto; le increpé, le apostrofé con el dictado de «¡canalla!» y le arrojé al rostro mi tarjeta.

Del desafío, él quedó incólume; a mí me alcanzó su bala, que rozó sólo mi frente, y .. esa es la causa de la cicatriz cuya historia me han pedido ustedes y que ya conocen...

* * *

—¿De manera—preguntó uno de mis amigos—que puede adquirirse la avariosis por la simple succión en el borde de una taza o vaso infecto, o por el contacto de mucosas en el rápido chasquido de unos besos?

—¡Qué duda cabe! Puede haber contagio, pues la avariosis, esa peste, «peste gris», que tantas víctimas causa en España, se adquiere infortunadamente por contagio directo e indirecto. Con ella toda precaución es poca.

DOCTOR CORRAL Y MAIRÁ



DICE PIERROT

—Colombina: sueño azul de mi quimera,
la que, ingrata, dió al olvido mis amores,
la que supo, con sus ojos soñadores,
avivar de mi pasión la intensa hoguera...
Colombina: no quererte yo quisiera,
mas no amarte me ocasiona sinsabores,
y aun sabiendo que al quererte sufro horrores
de olvidarte no he podido hallar manera.
¿Por qué cantas? ¿Por qué ríes, burladora,
al notar lo que mi alma sufre y llora?...
¡No me quieres!... ¡Te divierte mi pasión!...
¡Colombina! Yo debiera aborrecerte,
mas no puedo... ¡Siempre, siempre he de que-
porque vives en mi propio corazón!... (rerte,

RAMÓN BERTRÁN REYNA.

Marzo, 1924.

Divagaciones acerca de la poesía de Juana de Ibarbourou

CONFESIÓN PRELIMINAR

Esto no es una crítica; sí un ensayo de apasionamiento de glosa. En vez del frío análisis, tibias consideraciones. En lugar del índice acusador de defectos, el índice dulce, amigablemente amoroso, que muestra los encantos finos, las suaves ondulaciones y los ímpetus sensuales de la poesía apasionada y eminentemente femenina de Juana de Ibarbourou.

La primera salvedad que hemos de hacer es la de que no conocemos, ni siquiera sospechamos el rostro de la poetisa. El sentimiento estético, y espontáneamente amoroso que hay en todo hombre impresionable, y que puede coaccionar la opinión de éste sobre la mujer que conoce y ha de juzgar más o menos críticamente, no existe en el ignorante de belleza o fealdad; en el que sólo conoce de una lejana poetisa, sus versos. Así, careciendo de todo conocimiento, libre de recuerdos pretéritos, de asociaciones peligrosas nacidas del ayuntamiento imaginativo de paisajes y visiones de ayer y de hoy, surgirán seguramente estas apuntaciones a la lírica exaltada de Juana Ibarbourou, libres, sencillas y diáfanas, cristalizando sin tópico y sin parcialidad nuestro sentir.

Desliguémonos además del morbo erudito que suele contaminar las más puras aguas propias de estos panoramas, y he aquí que habremos conseguido nuestro propósito. No matar el corazón con el cerebro, no omitir una glosa del sentimiento por recordar una fecha.

¿Pero y no diremos nada de la vida de nuestra Juana?

Queremos decir que nació en Melo, capital del departamento uruguayo del Cerro-Largo, hace veintiocho años; que se educó en un convento donde mostró su afición por la lectura; que se casó a los diez y siete años con un militar de su país; que fué madre; que escribe, en fin, apasionadamente, femeninamente, con toda la pasión de su corazón y de su cuerpo.

I.—PAISAJE

EL paisaje es una cinta de lírica apasionada, que en un anhelo de expansión dinámica y panteísta, se cuelga de la naturaleza estática como si quisiera con su amor variar y renovar la eterna inmutabilidad del panorama.

Tomar como fondo decorativo a la Naturaleza es siempre una frivolidad. Tomarla como motivo único es una impotencia. Hacerla cómplice de nuestro estado de ánimo como en el teatro del siglo XIX—truenos que acompañan a la tragedia, Sol esplendoroso que surge espontáneamente con las alegrías de los personajes—resulta ridículo y pueril. Trenzar las rutas apasionadas del corazón con las rutas eternas de la Naturaleza, puede ser bello, y esto, bellamente sin duda, es lo que ha hecho Juana de Ibarbourou.

Su ansia de amar habla así:

*Estoy ebria de tarde, de viento y primavera;
¿No sientes en mis trenzas olor a musgo, amante?
¿No me hallas hoy flexible como una enredadera?*

Así, pues, para Juana Ibarbourou la naturaleza es un cinturón lírico enroscada como sierpe jugosa a su talle moreno, o mejor, la naturaleza es para su talle el amoroso brazo del novio que, como un vienteillo tenue hace temblar el espíritu de la poetisa como a un junco sensible.

II.—LA PREOCUPACIÓN AMOROSA

HABLANDO de la Condesa Ana de Noailles, dice Ortega y Gasset en la *Revista de Occidente* que hay en ella «una excesiva y monótona preocupación por el amor».

Ortega y Gasset ha intentado hacer una fina y elegante crítica acerca de la Condesa de Noailles y acaso ha sacrificado por la norma elegante, la verdad por no encontrar una realidad elegante. Conocíamos como filósofo de elegancia a Eugenio D'Ors, espíritu ágil, ondulado y esbelto, pero a José Ortega y Gasset no le sabíamos ensayista elegante en el aspecto de las elegancias dialécticas que hasta ahora no había cultivado. Así nos asombra que haciéndose émulo de Jacinto Benavente, comience el artículo sobre Ana de Noailles diciendo que «es la más poetisa de las condesas y la más condesa de las poetisas». Este intento de elegancia de frase, demasiado artificioso para ser elegante, nos desconcertó ciertamente.

Pero volvamos a lo que puede tener un nexo con la poesía de nuestra Juana de Ibarbourou. Decíamos que decía... ¡Ah! sí; decíamos que decía el intitulado *joven meditador* que hay en la Condesa «una excesiva y monótona preocupación por el amor.» En una mujer nunca puede ser excesiva la preocupación por el amor. Tan acentuada está en la Condesa esta preocupación esencialmente femenina como en nuestra Juana y acaso más y mejor en Juana, porque es más sencilla, más normal y espontánea, más finamente femenina, en una palabra.

Todo lo lógico que es en la mujer esta preocupación, es anormal en el hombre.

La mujer está hecha *casi exclusivamente* para el amor, y prueban este aserto los períodos críticos a que está sujeta la mujer por su sexo, la susceptibilidad de ser fecundas las glándulas mamarias que en el hombre están atrofiadas, etcétera. En el Don Juan hay esa excesiva preocupación por el amor y por eso, como ha dicho muy acertadamente no recuerdo qué escritor contemporáneo, seduce a mujeres neuróticas y anormales, estando a dos pasos, por ese lastre femenino que es la excesiva preocupación amorosa, de la sodomía.

En el hombre, pues, el amor debe ser uno de los varios problemas que le ocupen, no el único, al contrario que en la mujer.

Juana de Ibarbourou, poetisa esencialmente amorosa, es fina, delicada como una gatita mimosa cuando dice:

*¡Oh lino, madura, que quiero tejer
sábanas del lecho donde dormirá
mi amante que pronto, pronto, tornará!*

Juana de Ibarbourou, poetisa esencialmente amorosa, es salvaje enamorada cuando dice:

*Mi alma en torno de tu alma se ha hecho un
[nudo
apretado y sombrío.*

.....
*Mi raíz se ha trezado a tus raíces,
y cuando quieras desatar el nudo,
sentirás que te duele en carne viva
y en mi herida brota sangre tuya.*

Para Juana, la naturaleza es un motivo incitante donde calmar sus ansias de amor. No tiene de ella el sentimiento monstruoso que de las flores tenía Baudelaire que veía en las rosas sexos implorantes; la Naturaleza para ella es sano motivo de expansión amorosa que mezcla a maravilla con la pasión a lo humano, cuando dice:

*He mordido manzanas y he besado tus labios.
Me he abrazado a los finos olorosos y negros.*

También en el amor de nuestra Juana florece la flor del masopnismo oscuro, esencialmente femenino; para la virgen el amor carnal suele ir acompañado del dolor, y este dolor es a veces para ciertas sensibilidades femeninas un morboso aliciente. Así en Juana que desgarrada de amor, exclama:

*Soy enredadera:
¡Benedicida el hacha que mi tronco hiera!*

Y sigue:

*¡Palena rosada,
sueño en una espina para ser clavada!*

En la misma poesía se contradice. Del amor exaltado, humano y morboso, pasa—anomalía bien lógica si pensamos un poco—al exaltado amor místico; después de una invocación al Señor, pide con la voz de Teresa de Cepeda:

*¡Mutila mi lengua que aún por él clama,
ciégame los ojos que aún buscan su llama!*

Del anhelo esencialmente femenino de ser *poquita cosa* junto a El:

*Contigo en el nido no sé lo que es miedo,
pasa nuestra contradictoria y sincera
Juana a mostrarnos un anhelo viril, acaso
simbólico, cuando nos dice:*

Mi testa negra, y tu cabeza rubia.

Acaso, inconscientemente, la nota masculina esté dada en este verso; pero resulta más femenino siempre—imaginativamente—lo rubio que lo moreno; cabeza que testa.

III.—METÁFORA E IMAGEN

Nuestra Juana avanza... Valientemente logra esta bella metáfora:

*La brisa, como un gato, entre el ramaje
de los árboles negros, juega y salta.*

Si en vez de decir que la brisa es como un gato, dijese: La brisa es un gato, etcétera..., habría conseguido la imagen moderna que tanta materia ha dado a las escuelas poéticas de los *ismos*. Esto, tan pueril en apariencia, puede ser la distinción sencilla y formal entre metáfora e imagen.

IV.—FINAL PLÁCIDO

Y ahora, cerremos el libro y miremos un rato al cielo... Las nubes... las nubes, ¿Cómo será Juana de Ibarbourou? ¿Quién será Juana de Ibarbourou?...

CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO.

Notas gráficas



Paquita Garzón, bella cancionista a la que sus admiradores han obsequiado con un barquete por sus recientes triunfos en el teatro de Maravillas.



Del partido de campeonato en Bilbao.

El formidable guardameta catalán Zamora, parando un «goal» en su portería, seriamente amenazada



Un remate de cabeza de Monjardín, el delantero madrileño.—Martínez, el portero castellano, en una arrancada peligrosa. Foto Pío.



Doña Blanca de los Ríos Lampérez, en cuyo honor preparan un homenaje por su meritísima labor literaria y erudita.



Mateo Inurria, el mago del cincel, que ha fallecido recientemente, siendo su muerte una inapreciable pérdida para las bellas artes.



PELÍCULAS MADRILEÑAS **CONSECUENCIAS DEL BAILE**

—¿Pero es auténtico el bulto que tiés en el ojo?

—¡Es filfa!

Un boleo de revés entre ternilla y ternilla dao al desgaire que m'hizo ver el hemisferio.

—¡Atiza!

¿Quién fué el dador?

—Celedonio,

el marido de la Rita.

—¿Y a qué vino el atropello?

—A pláticas de familia óbices, pa c'un sujeto te dé el mitin.

—Bueno, explica.

—Pues que me dió el arrechucho d'ir al baile el otro día c'organiza toos los años el Club-Pierrot-Colombina, y que apenas penetré me tropiezo con la Rita, vestida de demimonde, con una turca de a libra.

—¡Arreal!

—Y apenas verme se m'insinuó deseguida instándome p'al agarren d'un fox; yo porque no digan que no chamullo la coba, y más cuando es una amiga, la ceñí el busto con formas morales, cultas y diznas... Pero... lo ¿u'es el vaivén... m'entraron unas cosquillas de la vena femoral al borde la rabadilla, que m'hizo sentir mareos; y ella que no es una lila en lo de aguantar desmayos, s'arrió más entoavía pa que no me derrumbase.

—Sólo hizo lo que debía.

—Y yo se lo estimé; pero...

permíteme que prosigua.

Cuando estaba en pleno ataque y la tenía cogida

pa no venirnos al suelo, siento aquí, entre la ternilla,

un golpe que me creí

que me cayó la Basílica d'Atocha encima de mí;

y al volver así la vista de lao, veo al Celedonio

vestido d'ama de cría,

con una tranca que, .. ¡chico!

¡pa ganarle la partida

y salir por pies! pero él

m'echó' mano a una tetilla

antes d'iniciar el mutis,

y con voz enrojecida

me dijo: —Pero, oye, tú,

¿es que cres que a mi costilla

la mantengo pa qu'estudies

con ella l'anatomía

y no la dejes un güeso

sin oscultar?

—¡Ay, su tía!

¿tú que le dijiste?

—¿Yo?

No lo he pensao entoavía,

porque se lió a mamporros

y m'atizó una paliza

que me dejó p'al arrastre.

Pues, hombre, eres un gallina

si no le coges en frío

y hablas con él, y te explicas,

y le das sastifacciones.

¿Buscarle yo? ¡No, en mis días!

No quiero ponerme a tiro,

no se sulfure y repita;

pa muestra basta un botón,

y en cama catorce días...

Si quiere sastifacciones...

¡anda y que se las dé Rita!

FIDEL PRADO.

RÁFAGAS FILOSÓFICAS

LA VIDA

A. A. M.

MISERIA es vivir en la tierra», dice el Kempis sabio.

Es miseria vivir cuando se vive sin ideales, esperanzas ni aspiraciones.

El hombre anacoreta que desde la inmensidad seca del Desierto contempla un cielo azul o la trasparente negrura tachonada de estrellas, que contempla el abismo, la montaña, el campo, la llanura, el océano, las flores, la vida y arrasando ante un Cristo lívido y ensangrentado mira como una dulce promesa el gesto macabro de un cráneo mondado y blanco, ¿vive? Su cuerpo se mueve, pero su alma está muerta; *vive* en un sueño siniestro de fanático macabrisimo concebido más allá de la muerte.

La vida es una larga preparación para un destino ignorado, definitivo. Este destino definitivo y oculto no lo está para los muertos; ya se ve cuando los últimos movimientos son para bajar el primer escalón de la tumba.

Morir porque es fatal e inexorable, pero entretanto vivir.

Vivir es forjar ideales, alimentar esperanzas, crear ilusiones y amar.

Amar todo, amar el abismo por su profundidad, amar la montaña por su altura, amar la llanura porque es la paz, amar el océano porque es la lucha, amar el campo, amar las flores, amar las estrellas, es vivir. Pero no amad sólo objetos materiales, no amad solamente la Vida, pues todo la Muerte os lo arrebatará.

Amad algo que atraiga como la profundidad del abismo, que subyugue como el resplandor de la cumbre, que posea la paz de la llanura y la lucha del océano, el perfume de las flores y el misterio de las estrellas y que tenga alma, algo que no pueda arrebatáros la que os despoja de todo, algo que, a pesar de *Ella*, se pueda unir a vuestra alma en el más allá desconocido.

«El amor es más fuerte que la muerte», dijo el gran sabio y el inmenso poeta que en un sueño de amor a la vida y a la tristeza concibió *Los Misérables*, puso en unas frases toda la mágica y sublime descripción: «Contempláis una estrella por dos motivos: porque es luminosa y porque es impenetrable, pues a vuestro lado tenéis una irradiación más suave y un misterio mayor: la mujer.»

MANUEL VILLEGAS LÓPEZ.



M O D A S

Los peinados es una cosa que muy a menudo descuidamos y no debe ser así. Como ya saben mis lectorcitas, el modo de peinarse también sigue sus modas.

Por tanto, debemos preocuparnos más que de ordinario lo que hacemos, por nuestro peinado. Es un error que muchas crean, no deben cambiar de peinado y peinarse siempre igual. En los hombres, bueno que sigan esa máxima; pero nosotras no debemos seguirla, sino al contrario (como siempre, debemos llevarles la contraria), para estar en casa, uno; para salir a la calle con sombrero, otro; para salir sin él, otro; para las soirés y reuniones, otro, y, en fin, cuántas veces se crea conveniente.

La forma, clase y color del vestido forman muchas veces juego y se prestan para varios peinados; debe buscarse, por tanto, una clase de peinado apropiado. La edad también juega un papel muy importante en el peinado, puesto que es indudable que una niña de ocho años no irá peinada como una jovencita de diez y nueve, y éstas tampoco irán como una señora de treinta.

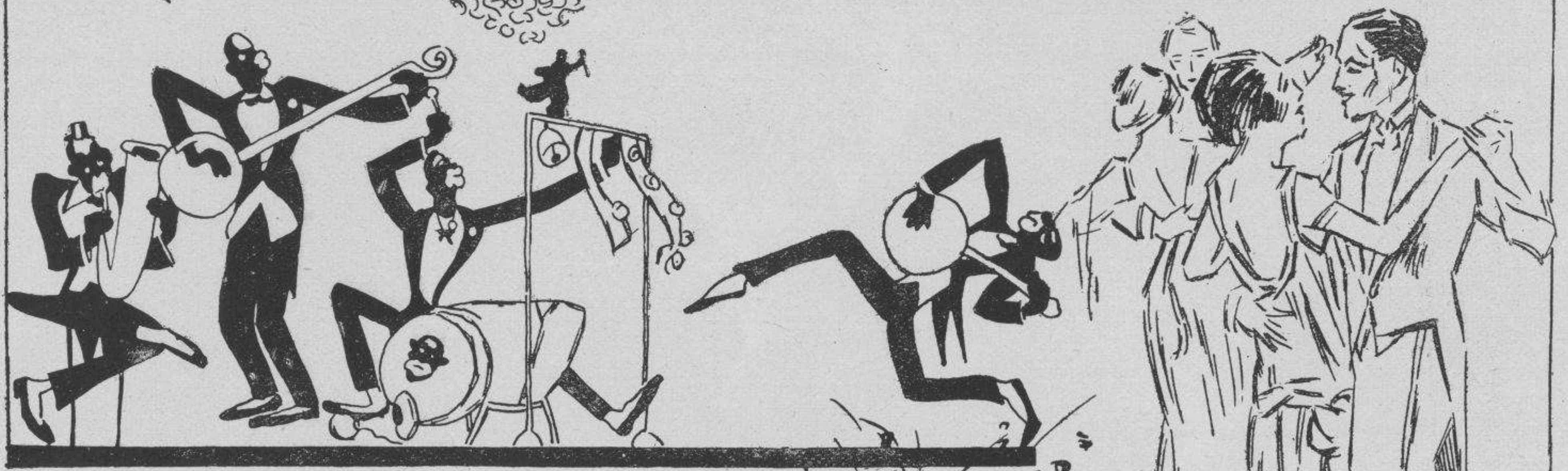
La niña que ilustra esta página, luce un vestidito de batista, para niñas de seis a ocho años. «Ruches de valenciennes». Cinturón-echarpe y cinta de falla.



LOLITA.



La hora del alternado



DE variedades todas, hasta la artista de más postín, lucieron sus facultades ante un público de cabaret que no es ni mejor ni peor que el de un teatro, al que se prefiere porque no hay foyer, alternado, y tiene otro aspecto de más seriedad y de más distinción. Es atrayente un concert visto desde la sala... los palcos llenos..., artistas que beben, cenan, se emborrachan de vez en vez, que esto es de un «chic» loco: son mujeres elegantes; otras más modestas que también tienen su público; todas, unas y otras, me dieron siempre pena; la obligación de alternar es algo canallesco, algo muy doloroso que por muy encubierto que esté, sólo tiene un nombre...

—Temprano viene usted esta noche — me dicen las aviosas, que siempre me ven llegar casi a hora de poner mi decorado.

—Sí; me aburría horrorosamente en el hotel y prefiero estar aquí.

He tomado después una labor..., un pretexto para distraerme escuchando a unas y otras; junto al mío tienen su cuarto de transformación, y son curiosas sus charlas.

Una bailarina, con la mantilla española graciosamente prendida, espera su turno; está en funciones una cancionista que, tranquila, se transforma; en ponerse un delantalillo gasta diez minutos.

—Hoy estoy como para que me pidan algo; esta tarde — le cuenta a la otra — me cabré y di el mítin a la Empresa; pero al fin he tomado la consumación por mi cuenta, y... a casa; eso de que no le dejen a una salir si no hace apetito con un aperitivo, es odioso; además les he dicho que manden hacer un jarabe, como en otros sitios para la consumación de las artistas, porque ayer cogí un tablón que no podía con él, y, ¡vamos!, no hay derecho.

Se empolva y da dos pinceladitas que la agrandan los ojos, y continúa:

—¡Qué buena mujer soy y qué bien hecha estoy por dentro!

Los morenos protestan: es mucha transformación; ella va dedicándoles un calificativo denigrante y sale riendo.

Ahora se oye el repiqueteo de los palillos de la bailarina en escena: ante el espejo, «Divina», mujer guapa y buenisima artista: frívola, exquisita, graciosa en escena; sentimental en su trato, sencillez y cautivador, espera vestida de dama Luis XV; parece una figurina; dicen que siempre está triste porque quiere como una loca a quien no quisiera querer; y aseguran que, aunque esquiva, bajo el imperio de unos ojos que aturden, inquietan, acosan, hasta adueñarse de la voluntad, se siente sumisa, como embrujada.

—¿Es verdad que no canta más? — la pregunto.

Contesta amable, con suavidad en la voz:

—¡Oh!, no sé; él no quiere, y yo no acabo de decidirme. ¡Son tantos a hablarle mal de mí...! ¡Escucho tantas infamias, que... algo queda...! En nosotras ¿quién va a creer?

Y hay en sus ojos un mundo de amargura.

Interviene en la conversación Maruchín, una semiestrella de la picardía, muy abundante de carnes; por esto, más que por su belleza y discreción, trae loco a un feo personaje, catador galante que sólo admira en la mujer hermosos

desniveles, por lo que las prefiere de 90 kilos en adelante.

—¡Chica!, déjate de cursilerías y «poses, en actitud de «¡ya m'ha dao!». A los tíos no quererlos... El amor, como tú dices, será placer de dioses; pero, ¡hija!, a ti te ha puesto que das asco.

Da dos últimas chupadas a un cigarrillo, y añade:

—¿Los hombres?... ¡¡Puaf!! Jactanciosos, mal intencionados, egoístas, chismosos...

—No te exaltes — aconseja la aviosa, riendo, y déjate poner bien el mantón. ¿Hago combinación como ayer para caerlo? ¿Vas a enseñar algo?

—Que lo enseñe don... (aquí el nombre del empresario); me han rebajado el sueldo otra vez; pues... no hay vistillas.

Hasta el cuarto llega una acompañante de artista, solterona á «forciori», que cuando habla, sus palabras son como alfilerazos; es fea y envidiosa; se encara con Maruchín:

—¡Qué bien va con el mantón ceñido! Parece más delgada, más... joven; ahora estaban diciendo ahí fuera que tenía usted más de cuarenta años, y que...

«Divina» interrumpe:

—En años y en dinero, hablando de nosotras, exageran. De lo primero hay que quitar la cuarta parte, y de lo otro, tres cuartas partes.

Maruchín ha mirado, agresiva, a la biliosa.

—Voy a decir a mi amigo que, con su influencia, intervenga para que implanten el servicio conyugal obligatorio, porque a usted, señora, le está haciendo falta... algo.

Y luego volviéndose a las aviosas:

—Y ustedes, ¿por qué dejan entrar? Ha dicho la Empresa que no quiere madres en un kilómetro a la redonda, ni... tías.

La florista se llega, mandona:

—A ver, Maruja, Pastorela, al 3. Usted — le dice a la bailarina que terminó entonces —, dése prisa y al 5. Tú, Maruchín, no hagas más de dos números, que se te va a ir el manús del 8 con los otros que son... de precio; llévate a la bella Amalia...

El representante entra, saluda cortés, cambia luego el gesto y pregunta, fosco:

—¿Y la Hortensia? No se la ve en ningún sitio.

—La pobre — contesta la aviosa entre compasiva y mordaz, es tan joven y... honradita, que o no sale, o si lo hace, en una mesa sola se pasa el rato.

—El negocio es el negocio, y virginidades a otro lado. Que pase por Contaduría — ordena.

—¿Verdad que es triste esto? — me dice Divina —. La pobre no sale porque está aterrada. Anoche dió el salto a un marchoso que la va a hacer harina en cuanto la vea. Tiene enferma a su madre ella por eso, y Marichu por... lo



que sea les aceptaron la noche; destaparon unas viudas, y luego... la del humo. Sólo así la Empresa las deja marchar; pero como al día siguiente vuelven y ellos lo saben... Yo tengo un sueldo insignificante porque no salgo al Foyer; me repugnaría; y he tropezado con Empresas que a los dos días querían obsesarme con un meneo para rescindirme. Los hombres, casi todos, ven en cada sitio de estos como un mercado, y así tratan. Hay concerts imposibles, donde por la consumación se creen con derecho a todo; figúrese en las cenas y en el «champagne»; y hay también locales donde lo que más acuden son vendedoras de caricias, pobres mujeres de esas de... dos pesetas, tres; y al hacer el baile alternan con las artistas.

Se arregla unos rizos rebeldes de la peiuca rubia. Viéndola tan femenina, pienso en el contraste con él; dicen que es fuerte, brusco, feo, con zarpas de oso que hacen temer las caricias.

Empiezo mi tocado; sólo falta ella y la pareja de baile. Divina ha hecho seis números; es apludidísima. Pasado el número de baile, están arreglando mi decorado; oigo discusión, un grito, risas. Esperen que pase el barullo — he ordenado — y no toque usted el timbre para prelude hasta que no se haga silencio.

De la sala llega el ayudante del «regisseur» riendo.

—Nada — nos dice —, a la Hortensia que la han desnudado de un tortazo! Si no fueran tan... así.

Unos minutos después, el halago de los aplausos me hacía olvidar todo. Al terminar, un afán de sentirme libre de aquel ambiente me llena de prisas: ya en la calle, pienso que vistos por fuera estos cabarets, ciegan, alucinan. Hay brillantez..., risas..., vino..., alegría en muchas caras bonitas y... ¡cuánto tormento!, ¡cuánto asco!, ¡cuánta vergüenza!...

ADELA MARGOT.

Diríjase la correspondencia a nombre del Director, al apartado de Correos 10.032



UNA salva de aplausos resonó estridente en el salón como premio a la labor del artista. Alberto hizo un esfuerzo inmenso para levantarse a saludar. Estaba verdaderamente fatigado. Aquella noche había sido un gran acontecimiento la reaparición del célebre concertista de piano, a quien todos querían y admiraban como una gloria del arte lírico.

Alberto Segura, que, a más de sus sapientísimas cualidades artísticas, poseía grandes dotes personales, era la más saliente personalidad en el mundo libertino. Joven, veinticinco años no cumplidos, era su cuerpo como un figurín reclamo de la última moda masculina; con tal gusto exquisito vestía sus trajes de una elegancia suprema.

Era el codiciado del mundo femenino, el prototipo prefijado en la mente de muchas mujercitas consagradas al mundanismo, al libre albedrío, cuyo principal patrimonio era aquellas noches de crápula infinitas, aquellos amores interrumpidos interinamente por algún trágico devaneo.

Alberto Segura, nacido del arte y para el arte, estaba pródigamente influenciado por la noche, madre del artista, y así, noctámbulo empedernido, todas sus horas eran pocas para el placer, para el vicio.

En el transcurso de sus días, no pasó un nocturno por su vida al que él no arrancara una aventura amorosa o una consagración de arte. Y ese afán indeleble en su existencia, capital de infinitas horas de venturas y de halagadoras admiraciones, creóle prontamente el sobrenombre de «el gran noctámbulo».

El cabaret ideal, en sus conciertos musicales, era el templo de su rotunda consagración. Un público inmenso, escogido, la aristocracia del Madrid galante, acudía solícita al solo anuncio de su

nombre. Alberto, al terminar sus ejecuciones, tenía necesariamente que sonreír a la muchedumbre, ávida de su arte y de sus simpatías. Llegó él a calificarla en sus ratos de plena satisfacción, el insaciable vampiro que absorbía todas sus tristezas.

Y así, halagado de todos, requerido como único sostenedor de orgías por los hijos de la crápula, codiciado de mujeres, continuamente envuelto en sonrisas de expresivos ofrecimientos coputativos, fué consumiéndose paulatinamente la plétora toda, vigor de su juventud. Y llegó el momento trágico en que su pecho, debilitado por el sucesivo trajín de su depravación, resistióse a funcionar con su habitual agilidad.

El golpe fué tremendo para su alma; pero cuando comprendió que era casi irremediable, tras de apesadumbrarse, buscó el consuelo en la resignación.

Mary, aquella mujercita hecha como de porcelana, cuya alucinante belleza se había adentrado en la convicción de Alberto creando un amor inmensamente material y longánimo, le consolaba con la misma delicadeza y fervorosa ecuanimidad que pudiera haberlo hecho una madre. Y cuando, tras de un apuramiento espiritual del joven éste se enfurecía por su impotencia ante sus pasadas decisiones, en un alarde de criminalidad para sí mismo quería vigor a absurdos devaneos, ella le recriminaba duramente atemorizándolo como a un niño.

—Alberto, no seas así; ¿no ves que te estás matando tú mismo? O dejas tus locuras o te abandono...

* * *

Su reaparición, después de una larga ausencia, en la que estuvo postrado en cama víctima de la tisis arraigada fuertemente en su pecho, causó una gran impresión en el público.

Decepcionados, vieron entrar al artista en la sala de espectáculos del cabaret. Era como una sombra, un espectro fugado de ultratumba. Creyeron un sarcasmo aquella corrección de su traje de frac, que encerraba, como vistoso ataúd, un cuerpo huesudo, descarnado, horriblemente pálido, que mostraba en sus cuencas orbitales el escalofriante matiz de un fuego extinguido, como dos fosforescentes insinuaciones de necrópolis nocturnas.

Y mientras él se sentaba al piano, corrieron comentarios de uno en otro oído de los concurrentes aquella noche al cabaret. El público se dispuso a escucharle.

Segura, al sentarse en el sillón giratorio, sintió renacer las fuerzas de su primitiva normalidad. Un esfuerzo supremo guiaba sus manos, como otras veces, al pulsar las teclas del piano, y las notas, potentes, enteras, de la risueña melodía de una arabesca de Debursy, fueron

desgranándose en el salón infiltrándose en el sentimiento artístico de los oyentes, ensimismados en un arrobamiento de delectación, como un canto al arte, que Alberto, en éxtasis de evocación, hacía vibrar con eléctricas sacudidas de su alma.

Al terminar, el público le aplaudía frenético. Había tocado mejor que nunca. Y entonces, entusiasmado, pedíale el «fox-trot Decisiones», fruto de su creadora inspiración, el cual cantaría al unísono la cupletista Mary.

Salió ésta al escenario impudicamente hermosa, en forma remembrante de aquellas diosas mitológicas que mostraban las galas de sus perfecciones eurítmicas como un plagio de ellas. En las ondulaciones que la danza requería, ella tremolaba su suelta caballera rubia, y al contacto con la luz del escenario daba la sensación de un radiar de Febo. Su cuerpo deshacíase multiforme, mostrando en cada actitud un encanto, una insinuación capital de deleites.

Alberto, con un frenesí contemplativo, la veía aún más hermosa que antes, y al comparar su juventud esprimida, sin vigor, estéril, con la de ella, exuberante y provocadora, sintió como una mordedura sátrapa en su corazón, como una zarpazo de león que lo cercenaba cruelmente.

A sus espaldas, el público rugía de deseos, olvidado del arte, para vivir únicamente el materialismo del pecado.

Y creyéndose olvidado, ofendido, en un exceso de locura, hizo que sus manos, sin frenos, abandonadas al impulso, aporreasen fuertemente las teclas, que en una algarabía de sonidos divergentes despedían notas sin ritmo, sin melodía...

Como herido por una fulminación sus manos quedaron lívidas en una crispadura, y su cabeza cayó fláxida sobre la clave de aquel instrumento que le había dado la gloria y la muerte...

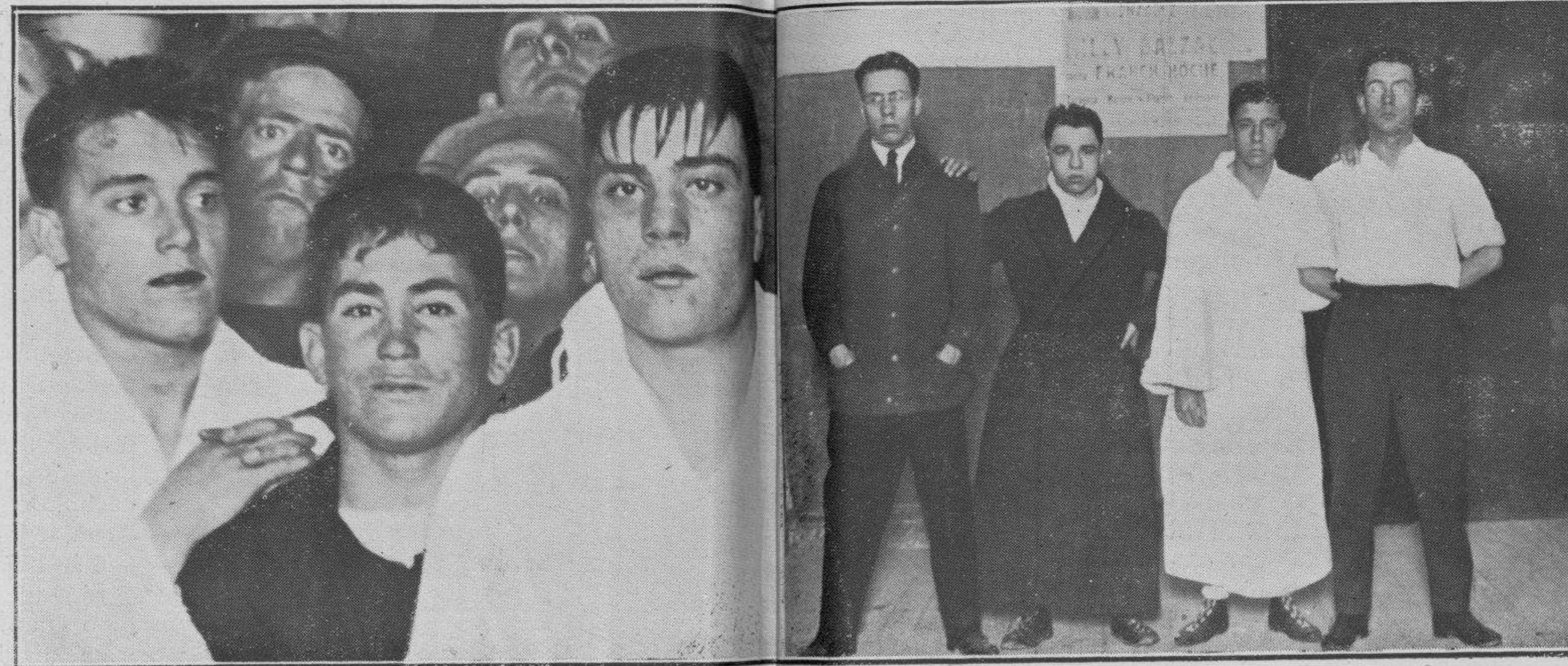
JOSÉ MARÍA BRANDARIZ.



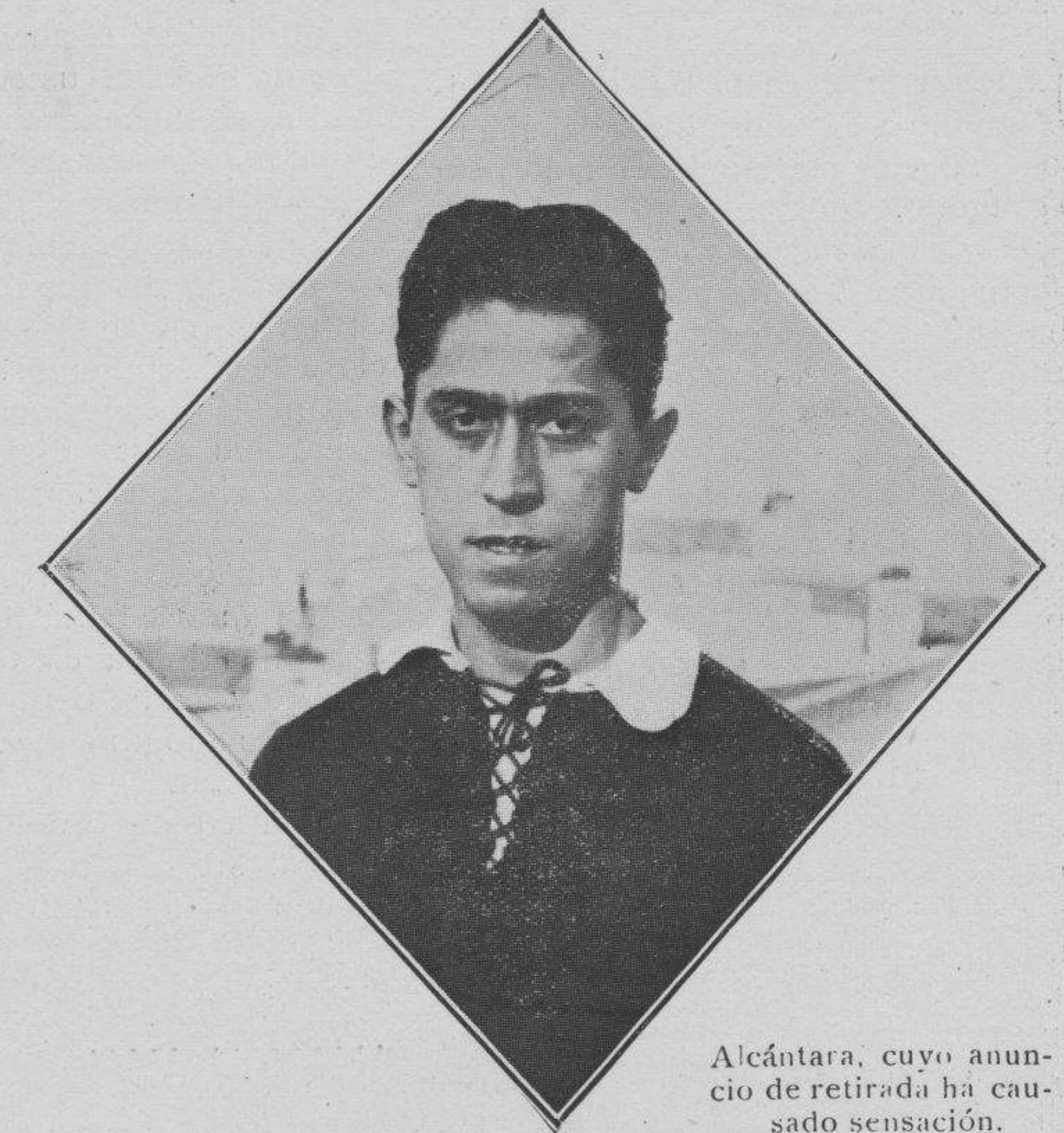
NOTAS GRAFICAS DE SPORT



Aguirrezabala, internacionalizado como extremo izquierdo.



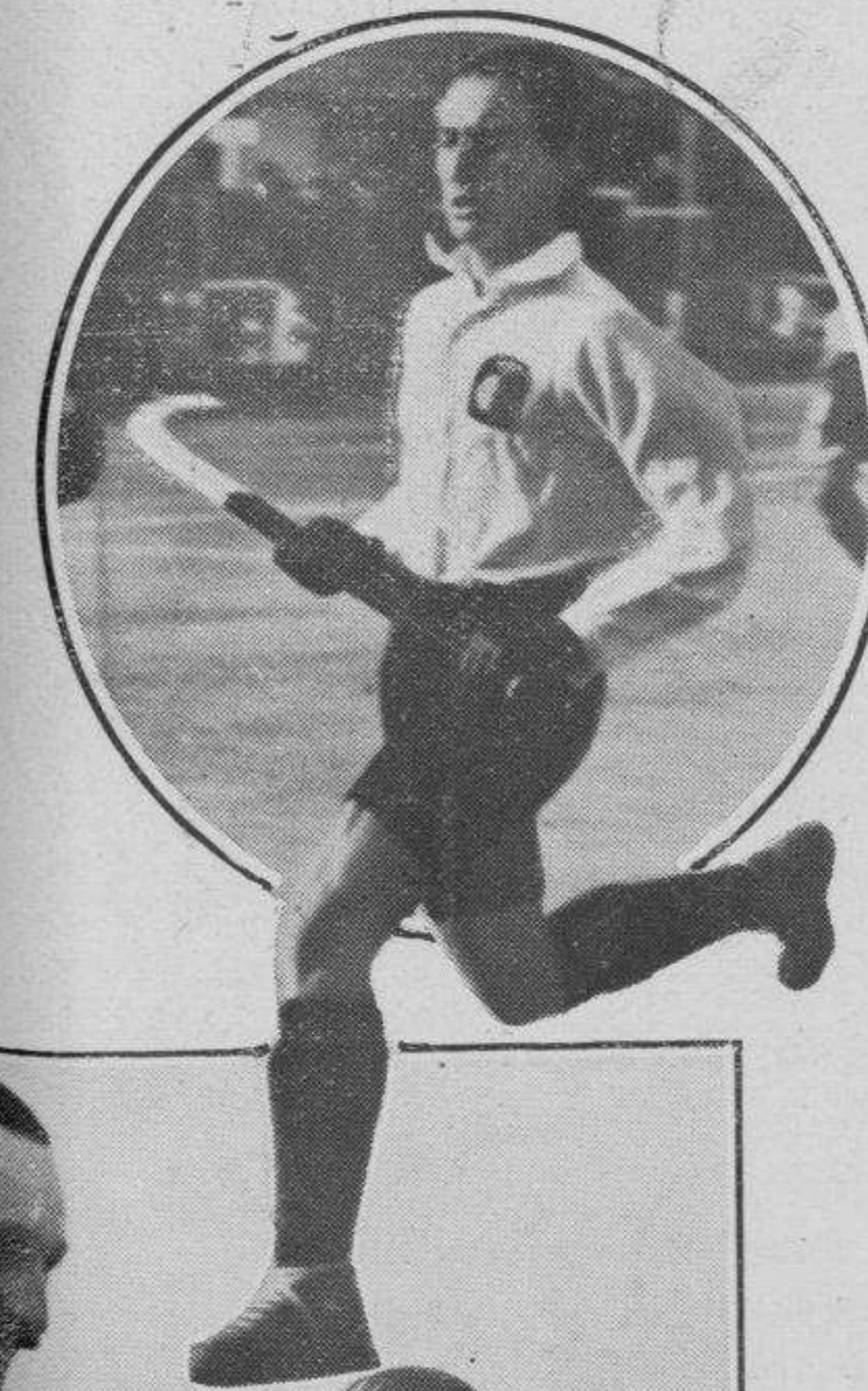
Martínez, el «as» madrileño, cuya campaña reciente en Bilbao le ha dado categoría de «Internacional». Antonio Ruiz, el nuevo campeón del peso pluma, que va a empezar una tournée por el extranjero, y Anderson, còrre boxeador italiano, cuyo beneficio se ha celebrado en Barcelona hace poco.—Víctor Ferrand y Manuel González, que próximamente se disputarán el campeonato de España del peso mosca.



Alcántara, cuyo anuncio de retirada ha causado sensación.



Momento de obtener los delanteros del «Real Polo Hockey» un goal en la meta del equipo de Alicante. Equipo del «Real Polo Hockey Club», de Barcelona, campeón de Cataluña, que ha ganado, brillantemente, el Campeonato de España de «Hockey», venciendo al Equipo de Alicante y al Athlétic.



Presenciando la final del Campeonato de España de «Hockey», Sus Majestades tuvieron que saludar a la multitud, que tributa una cariñosa manifestación de simpatía al primer depositista de España. FOTOS LVARO.



El guardameta «internacional» Isamat, el formidable defensor del «Real Polo Hockey», en un despeje en el partido jugado contra el campeón de Castilla, «Athlétic Club», de Madrid.—Su Majestad el Rey, donador de la Copa trofeo, hace entrega de los premios después del encuentro final.

Flor de un día

UN toque de corneta puso en movimiento a los moradores del lugar. Los chicuelos corrían de un lado para otro gritando.

—¡Alojaos! ¡Tenemos alojaos!

Efectivamente, en la plaza del pueblo se hallaba una compañía de un regimiento de línea esperando las correspondientes boletas del alojamiento para pasar allí la noche y salir de madrugada a continuar las maniobras.

La oficialidad fué repartida entre lo que pudiéramos llamar la aristocracia del pueblo; los sargentos y cabos, entre la clase media, y los individuos de tropa se acomodaron en las casas de la gente jornalera.

Al alférez Julio Ferrero le correspondió alojarse en casa de don Antonio Hinojosa, secretario del Ayuntamiento.

Este señor tenía una hija llamada Carmita, preciosa muchacha de diez y siete años.

Muy chiquita, quedó sin madre, y don Antonio se dedicó de lleno a la educación de la pequeña, logrando hacer de ella una mujercita de su casa.

Nunca salió del pueblo. Para ella no existía más allá que el terreno que su vista abarcaba.

Allí espigó y allí pensaba agostarse, tal vez casada con un mozo del pueblo, al que se uniera, no por amor, sino por no contrariar a su padre.

Varios muchachos la cortejaron; pero hasta la fecha ninguno había logrado interesar su corazón todavía virgen.

El alférez Ferrero se presentó a ofrecer sus respetos al señor Hinojosa, y al mismo tiempo a notificarle que había sido designado para alojarse en su casa aquella noche.

Después de los cumplidos de rigor, don Antonio invitó al oficial a que le acompañase a cenar.

Este rehusó la invitación, alegando que ya eran demasiadas molestias las que venía a proporcionarle, pero ante los reiterados ruegos del secretario, aceptó por fin.

Durante la cena el alférez refirió sus aventuras guerreras.

Carmen escuchaba con unción aquellas interesantes narraciones, que parecían transportarla a un nuevo mundo, hasta entonces ignorado por ella.

Seguía con interés y curiosidad la descripción de las grandes ciudades y las costumbres de sus mujeres. Los episodios sangrientos de la guerra la excitaban, y sus ojos se humedecían ante la crueldad de las huestes rifeñas.

A medida que el oficial avanzaba en su relato, iba haciendo en ella una corriente de simpatía hacia aquel hombre, que jamás había sentido por ningún otro.

Varias veces su mirada se encontró con la del alférez, y no pudo evitar que el rubor colorease sus mejillas.

La sobremesa fué larga. El señor Hinojosa, al darse cuenta de que aquello tomaba aspecto de ser interminable, in-sinuó:

—Su compañía, señor oficial, nos es muy grata, y con gusto estaría escuchándole toda la noche, pero comprendo que necesita usted descansar para madrugar mañana y sentiría que por culpa nuestra restase usted al cuerpo el reposo que necesita.

Como la tropa tenía que salir del pueblo muy de madrugada, se despidieron entonces, haciéndose mutuamente toda clase de ofrecimientos.

Aquella noche Carmita no durmió.

La figura del joven militar flotaba ante su vista, haciendo huir al sueño de sus ojos.

Su imaginación voló... voló muy lejos, forjándose fantásticas quimeras.

Se imaginaba casada con el alférez Ferrero y madre de un niño sonrosado y rubio como un ángel.

Y al darse cuenta de que aquello no llegaría a tener nunca existencia real, sufría... sufría mucho, y al mismo tiempo con su sufrimiento gozaba.

¡Cuántas veces el dolor nos proporciona un extraño deleite!

.....

Muy de madrugada se levantó el oficial Ferrero.

Al salir a la calle, instintivamente miró hacia el balcón situado encima de la puerta. Allí estaba Carmen.

—Buenos días, Carmita. ¿Tanto madrugada usted?

—He querido despedirle...

—No merezco yo tanto.

Ella, turbada, no contestó, pero bien casual o intencionadamente, dejó caer una flor que sostenía entre sus dedos, la cual fué recogida por el militar antes de llegar al suelo.

En los pétalos de la rosa temblaban dos gotas de rocío, tal vez dos lágrimas.

Quedaron un buen rato sin decirse palabra.

Un vibrante toque de corneta vino a sacarles de su mutismo.

—¡Adiós, Carmen! ¡Ese toque reclama mi presencia! Tenga usted la seguridad de que su recuerdo me acompañará siempre.

Otras dos gotas de rocío, hermanas de las que titilaban en la rosa, se deslizaron por las aterciopeladas mejillas de Carmita, la cual disimuló su congoja llevándose el pañuelo a la cara, fingiendo un golpe de tos.

La columna, correctamente formada pasó por debajo del balcón, donde todavía continuaba Carmen.

—¡Adiós, Carmen!—dijo al pasar el alférez.

—¡Adiós, Juliol...

Y en aquel «¡Adiós, Juliol!» había tal emoción, tal sentimiento, que parecía que con aquellas dos palabras se marchaba su alma entera.

A lo lejos, la hoja de una espada despedía vivos destellos, saludando en un postrero adiós, mientras un diminuto pañuelo empapado en lágrimas flotaba en el espacio, movido por la nerviosa mano de Carmita.

Perdióse de vista la columna, y aún continuaba el pañuelo su triste despedida.

¡Adiós, ilusión! ¡Pronto te alejaste convertida en remolino de polvo, que se va disipando a medida que los militares avanzan!

¡Pobre amor que quedaste a poco de nacer, como marchita flor de un día!...

ISIDRO THOMÉ.

◎ ◎ ◎

CONTRASTES

¡Casi inaudito!

VIVIMOS en un momento febril de agitaciones y estridencias.

Intentamos experimentar el máximo de sensaciones diversas en la menor cantidad posible de tiempo.

Andamos desorientados, tratando inútilmente de desembrollar el marasmo de nuestras ideas, entre los ruidos estúpidos del claxon y el «jazz-band»...

LA LITERATURA siente la funesta influencia del momento. Múltiples publicaciones se disputan la supremacía en la venta y la popularidad (una venta exigua y una popularidad irrisoria). Así que, raro, muy raro, parece que alguien se ocupe de emprender una obra literaria, honrada y sana, exenta de adulaciones al lector y de equívocos manejos internos... Y, sin embargo, una publicación, «La Novela Semanal», va a realizarla plenamente ofreciendo trabajos de los más grandes escritores extranjeros y de nuestra patria; precediendo a los trabajos hallaremos en todos ellos, y a manera de pórtico, un maravilloso biográfico-crítico de su autor. A través de estos estudios creemos adivinar el estilo pulquérrimo de un conocidísimo y admirable escritor y crítico de arte que, acaso, por un exceso de delicadeza, y para que se destaque únicamente la personalidad que llene cada número de «La Novela Semanal», haya dejado en blanco el lugar que debiera ocupar su prestigiosa firma.

Peor que la pornografía.

Desde hace algún tiempo una moderna editorial barcelonesa viene lanzando (salvo rarísimas excepciones) volúmenes de lamentable literatura, de «esa» que se ha dado en llamar para señoritas, y es lo terrible del caso que poco a poco, y solapadamente, van invadiendo los escaparates de las librerías, usurpando el sitio a los libros de quienes, haciendo una labor meritísima, conquistaron, a fuerza de talento, el favor del público.

Nos ocupamos aquí de esto para prevenir al lector ingenuo de la rimbombancia de ciertos nombres: por lo demás, sobre las anodinas «Novelitas blancas» ya han hecho sabrosísimos comentarios escritores y críticos de bien cimentada autoridad.

Y en fin, ya está bien, que nosotros hemos creído cumplir un deber ineludible al hacer esta pequeña advertencia.

EL INTRANSIGENTE.

NOTA. En el artículo teatral, publicado en el número pasado, se deslizaron las siguientes erratas, que el buen juicio del lector habrá subsanado: «La republicana de Platon» en lugar de *La república*, y el «Obraón de fuego» por *El dragón de fuego*.

CARNAVALESCA



AÚN vaciló Mary breves momentos antes de decidirse a salir. Las palabras que recientemente escuchó a su novio le dolían todavía sobre el alma. «Si esta noche, como es tu deseo, sales de casa, habremos acabado para siempre y seré capaz de hacer cualquier locura...» Tales fueron las palabras de él, ante el loco deseo que ella tenía de salir de casa en la noche de aquel martes de Carnaval.

Pero al fin, se decidió a salir. Bastaba ya de vacilaciones y mojigaterías. Fuera prejuicios, y sensiblerías y romanticismos... Estaba ya decidida. Bailaría aquella noche, y bebería y reiría... No la importaba nada su novio. ¡Iba a estar ella, con sus veinte años y su cuerpo bonito, prisionera siempre de un idilio vulgar y aburrido, de una vida mansa y oscura, sin bellezas, sin alegrías, sin emociones!... No y mil veces no...

Acabó de arreglarse el pelo, ciñó a su cuerpo con la gracia policroma del manto, y salió a la calle. Iba a buscar a Encarna, que estaba citada con varios amigos... Agil, risueña, sin vacilaciones y sin inquietudes, iba apresuradamente por las calles. ávida de la risa y la aventura que su frente novelera presentía en el Carnaval.

* * *

Llegaba la *juerga* a su momento culminante. El derroche multicolor del

«confetti» y las vistosas cintas de las serpentinas daban al suelo el aspecto de una pintoresca alfombra. La embriaguez cegaba todas las pupilas, hacía temblar a todos los labios, ponía una venda de locura sobre los pensamientos. Los dedos trémulos no acertaban a sostener ya con firmeza las copas del «champagne», que se desbordaba riendo y dorado.

Mary se sentía otra, totalmente distinta a la de antes, a la del novio vulgar y la vida mansa y oscura. Los temblores del deseo le rafagueaban sobre la carne suave y rosada. Una brillantez extraña la ardía en los ojos. Un torturante deseo de hablar y de reír le temblaba en los labios febriles.

El pecado, como un dios tiránico, encendía el alma y la carne de los que allí estaban.

La *juerga* llegaba a su más alto momento de locura y de brutalidad. El vino se derramaba sobre los trajes de colorines. Los disfraces eran rasgados torpe y ávidamente por las manos febriles, enloquecidas de deseo...

Mary, reidora y bullanguera, parecía estar en un mundo distinto al que hasta entonces conoció. Y de pronto, un algo extraño le zumbó en el alma. Sintió un golpeteo rápido sobre el corazón. Un escalofrío le recorrió la piel ardiente. De sus ojos huyó aquella niebla de aturdimiento y de alegría. Se sintió oprimida,

atenazada por algo que no sabía qué era...

Desconcertada, quiso irse. Sentía que una voz extraña la llamaba. Miró a su relojito de pulsera. Eran ya las cuatro de la madrugada. Pero al querer irse, no la dejaron. La embriaguez ponía una venda de inconsciencia en los ojos y en el alma de los juerguistas, y querer salir a viva fuerza hubiera sido temerario. Y ante la imposibilidad de salir sin dificultades, Mary quedó allí. Pero un algo extraño, misterioso y desconcertante se había aposentado en ella, y ya no volvió a reír ni a cantar... Aquel golpeteo rápido en el corazón, aquel escalofrío de muerte en la piel, sentidos antes, habían llenado de tristeza y de presagios el alma de la mujercita...

* * *

Por la mañana, cuando ya un dulce sol doraba las calles, tornó Mary a su casa.

Iba anonadada, vencida, muerta... Lo pasado en la noche anterior le parecía un sueño... Y al llegar, supo el terrible por qué de aquel golpeteo, y aquel escalofrío y aquel súbito dolor que le punzaron de pronto en la *juerga*, a las cuatro de la madrugada... A esa misma hora, en un cabaret, su novio se había pegado un tiro en el corazón...

JOSÉ MONTERO ALONSO.

CORAZON DE LOBO, POR ÁLVARO RETANA

PERSONAJES

ASPASIA. CORAZÓN DE LOBO.

LA acción, en un hotel de los alrededores de París. La tragedia empieza después de media noche en el dormitorio de una «demi-mondaine».

Figuraos una habitación excesivamente perfumada y rebosante de voluptuosidad. Dos pue-tas se esconden tras recamados tapices. Una sedosa alfombra desafía en riqueza al verde tapizado de las paredes. Frágiles y relucientes sillas simulan doblarse al peso de sedas, bordados, pieles, flores, que fueron de día el atavío de una beldad galante.

Un secreter, cárcel de miles de citas, probablemente satisfechas; un tocador de mármol, hábilmente cubierta su piedra con tarros de colores, y en el fondo, entre tenues y vaporosas muselinas, un lecho magnífico, donde yace la bella...

Al levantarse el telón, la escena aparece completamente a oscuras. Unos momentos de silencio, y el drama comienza.

La ventana se va abriendo poco a poco con emocionante suavidad, y un rayo de luna marca en el suelo una franja de plata. La figura de Corazón de lobo se recorta como una sombra dentro del cuadro de la ventana sobre el azul del cielo. Su contorno se descoyunta, introduciéndose en la alcoba de Aspasia sigilosamente. Avanza con cautela hacia el lecho de la hermosa, saca su linterna e ilumina el cuerpo de la impura, para contemplar la adorable hermosura carnal de Aspasia, que parece soñar felicidades. Quédate un instante indeciso, y luego se arrodilla a la cabecera de la cama, con unción religiosa.

Corazón de lobo es una hermosa concepción del crimen. Es un apache de trágica arrogancia. Tiene los ojos negros, como su protectora la noche; roja y calentucha la boca, como la sangre de sus víctimas, y afilada la nariz, del mismo modo que el puñal que oprime su mano. Un pañuelo rojo separa, cual fantástico collar, la cabeza del tronco. Las manos de corazón de lobo no son manos, son garras tatuadas, y en su cintura se concibe la ondulación de la serpiente Rizados bucles negros se escapan de la mugrienta gorra, besando las orejas. Se diría que de él emana el crimen sublimizado. La mirada es homicida; pero subyuga, y la boca espanta, pero atrae. Corazón de lobo permanece en éxtasis

largo rato, sin hacer el menor movimiento. Sólo se oye la respiración tranquila de Aspasia, al parecer ajena a la proximidad de su adorador platónico.

Arrobadas recorren unas pupilas alucinantes el cuerpo de la semidesnuda durmiente.

Aspasia es rubia como la Fornarina, y su rostro evoca la faz de la reina de Saba. Aunque dormida, sonríe, cual moderna Gioconda. Su cuello hace recordar el de María Antonieta, y los senos, descubiertos, sólo son comparables a los de la anónima modelo que reprodujo Botticelli en su «Primavera». Los brazos torneados se esfuman en dos manos que semejan dos flores quiméricas. Grenze, en su «Fidelité», pintó unas manos parecidas. Las blancas batistas que ciñen su talle dejando adivinar un con-

torno perverso, dándole las apariencias de una Salomé más refinada que la princesa bíblica. Y Corazón de lobo supone que los diminutos pies concluyen en cinco pétalos de rosa.

Pasauna hora, y el apache prosigue inmóvil, abstraído, embelesándose con el desnudo de su amada. La Belleza dominando al Crimen. Una situación inverosímil pero no imposible.

Hace seis días, Corazón de lobo forzó por vez primera aquel dormitorio, y, como hoy, desarmóse ante la perfección de Aspasia. Entró a robar y a causar una muerte, si era preciso; pero se fué como vino; menos criminal, tal vez. Al siguiente día repitió su terrible visita, dejando sobre el lecho de la pecadora un ramo de flores. Y así hasta hoy. A Corazón de lobo trocóle r mántico una irredenta, y aguarda impaciente a que muera el día para rendir su ingenua ofrenda a la adorada.

Todas las noches sueña el apache, reclinando la cabeza entre las manos, que él podría ser el hombre más feliz si aquella deidad de la galantería llegase a amarle. Mas, como todas las noches, le vuelve a la realidad la luz del crepúsculo, que es cuando abandona su altar para huir a la guarida y el apache, después de rozar sus labios la frente de la bella, preparase a la fuga.

Silencio. Un penetrante perfume de muerte embalsama el ambiente. Presiéntese algo horrible en medio de aquella quietud sepulcral. Y es que las mejillas de Aspasia toman color; su respiración se hace más trabajosa por el fuerte latir del corazón; ábrese los ojos, que fingieron dormir, y una mano suya busca furtivamente algo oculto debajo de la almohada.

Más silencio aún. Corazón de lobo se aleja pausadamente de puntillas, y al llegar a la ventana, sus ojos quieren despedirse nuevamente de Aspasia.

Y Corazón de lobo tiene un gesto de rabia y un grito de angustia viéndose burlado. Aspasia, incorporada en la cama, frente a él, le apunta fríamente con un revólver. Los ojos del apache fulminan anatema contra la infame que tan villanamente paga la caridad que él la hizo, respetando su vida y sus alhajas.

Suenan tres tiros que no fallan, y Corazón de lobo cae para no volver a levantarse. Y, a punto de morir, su última palabra es un ruego increíble a la que le arrebató la vida:

—¡Un beso! ¡Dame un beso!...

ESTAMPA VENECIANA



Como un mascarón de yeso
rueda en el cielo la luna;
su luz se hunde en la laguna
en un desmayado beso.

Una góndola afilada
que cruza por el canal,
va a detenerse, pausada,
ante un balcón ojival.

Bajo su perfil severo,
a una bella, el gondolero,
dedica amante canción,

y al conjuro de la endecha,
del balcón parte una flecha
buscando su corazón...

F. P. DUQUE.



EL viejo Liborio me habla del tiempo, de la próxima cosecha, del estado de la sementera y de otros capítulos interesantes para su vida de colono.

Es la voz monótona y opaca como invadida de una lejana tristeza.

Hay en su mirada una confusión de tonos; prima sobre ellos el gris con una insistencia vaga de neblinas; apenas si de pronto con la rapidaz del relámpago, se avivan sus ojos con una luz que se diría extraña en lo fugitivo del centelleo.

Su barba cana se abre sobre el pecho con la semejanza de un abanico de plata. Sentado en un pequeño rústico banco, bajo el alero de la habitación de adobe y paja, fuma su cigarro con beatífica fruición, perdida la mirada en los maduros trigales que se extienden como una inmensa mata amarillenta, hasta allá muy lejos, donde el cielo hace barra con la tierra. El sol marcha ya en retirada hacia su hogar, lento y como fatigado de la larga jornada.

El gran laborioso va en busca del descanso y, al alejarse, arrastra consigo toda la gloria de oro de sus riquezas. Se viste el occidente su más precioso traje de príncipe de leyenda y va montado en su mejor caballo, hecho de nubes de fuego.

Hay como un gran rosal en el alto cielo; rosas rojas y rosadas y luego pálidas, hasta perderse en el pulido acero del naciente.

La gama de los trigales varía desde el áureo brillante hasta el más tenue y grisáceo, según hacia el punto que se observe.

El verde cuadro de alfalfa y la cañada, que demarcan sus límites entre las rubias espigas, son como la mancha artística que da vida a un óleo.

Alguna vieja tapera o la nueva chacra recién roturada, imprimen su aridez tierrrosa en la lozanía del miraje. Cruza el rastrojo un polvoriento camino, como una cinta oscura, por donde marcha pausadamente la yunta de overos uncidos al arado. Al tardo andar de los bueyes, y como acompañando el ritmo de sus pasos, va el peón ensayando una vidalita. Vuela la canción marcando en su cadencia una abrumadora armonía llena de quejas y lamentos. Es como una voz amiga que llorase nuestro propio dolor.

Le crecieron alas
vidalita.
¡Se voló y se fué!

En la cercana laguna, que parece un trozo de espejo arrojado entre los verdinegros juncos, aletea el chajá vigilante y una pareja de intranquilos teros revolotea con tenaz persistencia en derredor del perro que se ha detenido a beber un trago.

Describen en su vuelo una media elipse que van cerrando cada vez más, sobre la cabeza del importuno bebedor, en el afán de herirle con la fuerte púa de sus alas.

Se impacientan con la proximidad del intruso y sus estridentes gritos ponen en grave alarma a los inquietos habitantes del bañado.

La garza mora que meditaba en amable quietud extiende sus bruñidas alas y da la señal de huida, siguiéndole en la fuga, pero en perfecto orden la bandada de recelosos patos y de allá más lejos, en airosa y desplegada guerrilla, los renegridos y unánimes cuervos.

Puestos en hilera sobre los postes del alambrado los chimangos escrutan en la lejanía mientras la agorera lechuza se mantiene en lo alto batiendo el vuelo en un mismo punto, sobre el agujero en que fabricó su nido. Más cerca, el palomo cenizo llega con la confianza de una larga amistad casi hasta la puerta de la casa, a picar unos granos de trigo, y con su característico arrullo llama a la compañera que, posada sobre la cumbre del rancho, recibe la última mirada del sol que ya traspone. En el vecino ombú hay ruido de hojas y murmullos familiares de las caseras bataraces que disputan sus puestos en las ramas buscando un reparo. El diligente hornero desde su arquitectónico nido, entona alegre canto despidiéndose del día.

Pastan en el potrero vecino los animales de la labranza, bueyes y caballos en leal y buena armonía de compañeros.

El lejano relincho de un potrillo pone su nota vibrante en la apacibilidad de la tarde y el tintineo del cencerro de una madrina imprime una tonalidad melancólica de acompasada endecha.

El horizonte, por el lado del Poniente, va entrando en el tono difuso de un dibujo esfumado; todo afecta una forma borrosa e inconclusa como si fuera un paisaje hecho sobre gasas. La noche invade ya todo el oriente con seguro y rápido andar.

Su inmensa ala se despliega sobre los campos en oración. El viejo Liborio me habla de su vida de colono y dice del buey naranjo que le robaron y de la lechera pampa que mató el rayo.

Sus palabras, llenas de mansedumbre, caen gravemente en la serenidad de la hora, semejan una pausada letanía.

ALFREDO GHIRALDO

Buenos Aires.

(De *El Trovador de las Pampas*.)

Corazón, calla y no llores,
ten oculto tu dolor,
que una mujer no merece
lágrimas del corazón.

La luz de tus ojos bellos
en ellos mirarme quise
y quedé ciego por ellos.

SE VARÍA POCO

NI hay mujeres con tres piernas ni hombres de vida desordenada.

De lo que acabo de decir, lector, ni me arrepiento ni me arrepentiré mientras mi aliento empañe el cristal.

Todos los hombres, aún llevando un vivir de locura, conservan, dentro del demente vivir, un orden. No se ha bautizado aún hijo de vecino que haga a diario una vida distinta a la que haya hecho el día anterior. Claro que yo me refiero a lo verdaderamente distinto; que no porque se varíe de café o de limpiabotas se cambia de vida. Eso nunca puede ser una variación de vida. Todo lo más puede ser una variación de Gómez de la Serna. Llamo yo variar de vida a una que no se parezca absolutamente en nada a la que se haya hecho antes.

Bueno; ustedes, indudablemente, se estarán preguntando que a qué viene todo esto. Pues esto viene, nada más, a llenar unas cuartillas con mi divagación, que celebraré muy de veras no desagrade mucho, mucho.

Y volviendo a lo mismo. Yo tengo un amigo, cosa que no está al alcance de todos, que vive de ésta tan vulgar y sencilla manera: por las mañanas acude a su oficinita; por las tardes pasa el rato en cafés, teatros o *cines*, y, si el tiempo no lo impide, también suele dedicarse a dar tranquilos paseos. Por las noches, igual o parecido programa de las tardes. Aparte de esto, cuando se mete en jerga, ya después de la una de la madrugada, y casi siempre en noche de sábado, porque puede dormir todo lo que quiera el domingo, todo lo más que hace es volver a cenar, acompañado de alguna princesa callejera. Y nada más. Esto es todo.

Pues bien: éste, mi amigo, se las da de vivir intensa y variadamente, y asegura con descaró que su vida es un cantar hecho popular. Pero yo creo que mi amigo es un infeliz, como otros muchos *mundanos*, de esos mundanos que por acostarse al amanecer, después de haber ingerido un café con bolas en alguna churrería de esas abiertas toda la noche, ya se creen, lo menos, unos grandes calaveras.

Observando el vivir de Fulano o Mengano nos damos perfecta cuenta de que, aun siendo su vida un remolino, lleva en ella un orden que, así por encima, parece un auténtico desorden. Pero no. Un desorden que sólo lo parece no es un desorden...

Una completa variación de vida sería, esta es la verdad, amanecer con carácter y pensamientos de poeta, habiéndose acostado carnicero o cacharrero de pura cepa..., a acostarse sin cenar y arrojarse del lecho siendo dueño único del Banco de España...

De no ser así, no hay variación posible.

NICOLÁS DE SALAS.

Marzo, 1924.

EL DISFRAZ DE LA CHICA

VALERIANO, el carpintero, y Eduvigis, su «parienta», tienen una niña.

Decimos que es una «niña» porque ellos, bajo palabra de honor, lo afirman así.

Emerencianita, que tal es el nombre de la criatura, por su aspecto, expuesta en el escaparate de cualquier sucursal de «La Coruñesa» y anunciada a ocho pesetas kilo, podría, sin dificultad ninguna, pasar por un pulpo, una raya o cualquier otro pescado de esos rarísimos que, según dicen, se comen.

De su cara no hablemos. Es asustante. Tan asustante que como producto medicinal para quitar el hipo tiene en una farmacia asegurado su porvenir.

Ha cumplido la chica los tres años, y es tan espabilada que «ya lo habla todo» tan bien como Maura. Esto, al menos, se creen sus padres. Y no les falta razón. Yo, en confianza, les puedo atestiguar que me ocurrió con ella lo mismo que con el enigmático don Antonio, pues, no obstante poner en ello toda mi buena voluntad, aún no conseguí entender nada de cuanto dice.

La llegada del Carnaval despertó en Eduvigis y Valeriano el disculpable orgullo paterno, y la pobre chica vióse obligada a sufrir la tortura cruel del primer traje de máscara.

—Hay que disfrazar a la chica—propuso el cónyuge macho—. Y la hembra asintió con gusto por dos razones: primera, porque a ella también «se le había ocurrido», y segunda, porque oponerse hubiera equivalido al lucimiento involuntario de una equimosis ocular, causada por uno de esos golpes que pudiéramos llamar «pontificales» ya que van casi siempre acompañados de un «cardenal».

—¿De qué la vestiremos?—se interrogaron. Y esta pregunta originó entre el matrimonio la consiguiente disputa y el natural altercado.

—Yo creo—opinó la madre—que de judía estaría muy bien.

—Es demasiado salada.

—¿Eso qué importa?

—A mí las judías saladas no me gustan.

—Y de romana ¿qué te parece?

—¿Pa que luego nos coja un constipao y tengamos que sentir?

—Sobre ese particular yo estoy tranquila. La chica, afortunadamente, tiene una naturaleza «de hierro». Por eso he pensao que fuera romana.

Tras no pocas proposiciones, desechadas unas por costosas y otras por irrealizables, los progenitores de Emerencianita llegaron a un acuerdo respecto de la indumentaria carnavalesca que aquella había de lucir. Y quedó convenido que lo más indicado era vestirla de chula, rindiéndole culto así a la gloriosa tradición de los barrios chisperos.

¡Pobre criatura! ¡Cómo renegaría en su lenguaje infantil de tan castiza ocurrencia y de tan típico traje!

Tocada su cabeza con un visillo blanco que hacía las veces de mantilla clásica y un gran manojo de flores de trapo, sujetas al cabello por un bramante, la pequeña vióse condenada a arrastrar su fantástico vestido, durante los cinco días de Carnaval, por Recoletos y la Castellana.

Pendientes de Emerencianita, los padres caminaban detrás muy satisfechos, sin cesar de dirigirle las necesarias observaciones.

—Eme... ¡esas manos, que se te caen!... Eme... ¡que no mueves la cintura!

Y «Eme», como ellos la llamaban, siguiendo la moderna costumbre de abreviar los nombres propios, aunque, a veces, solía protestar, exclamando:

—¡Ero!... ¡Anso!...

—¿Qué no quieres porque te cansas?—traducía la madre, única intérprete de aquella lengua desconocida aun para los más eruditos filólogos—. Pues ten paciencia y aguántate, hijita. Las chulas tienen que ir por la calle así, meneando las caderas, sino no son chulas.

—¡Ula, no!... ¡Ula, no!... ¡Enta!... ¡Enta!—replicaba Emerencianita, rompiendo a llorar.

—¿Qué dice?—inquiría el padre.

—¿Pero no lo entiendes? ¡Pues está bien claro! Que ser chula le revienta.

Tal declaración excitaba los ánimos del padre castizo que concluía por coger



a la criatura en medio de la Castellana, y para convencerla de que no debía renegar ante el público de su procedencia, puramente chula (Valeriano y Eduvigis nacieron y tomaron la fosfatina en las calles de Lavapiés y de la Arganzuela, respectivamente), levantándole la cola, la pegaba fuertes azotes, medida que resultaba contraproducente para la apetecida aceptación del origen, porque la chica terminaba resistiéndose del chulo más que antes.

¡Con qué orgullosa complacencia oían las continuas exclamaciones de los transeuntes, que parábanse a contemplar el paso del retoño!

—¡Mira, mira qué mona—admiraba uno.

—¡Sí, que es mona! Yo juraría haberla visto en el Parque del Retiro—agregaba otro.

—¡Y qué bien maneja la cola!

—Se conoce que es hija de un carpintero.

Y el padre, al escucharlo, sudaba de satisfacción.

Tan sólo cierto incidente les amargó una tarde el Carnaval.

Habían llegado frente al Jurado calificador que distribuía los premios entre las máscaras de a pie. Valeriano y Eduvigis, considerando que la chica merecía, por la propiedad escrupulosa de su vestido, uno de los premios más importantes, orgullosos y seguros de su victoria, acercáronse a la tribuna. ¡Y cuál no sería su estupefacción al oír que uno de los miembros del Jurado, después de mirar y remirar detenidamente a Emerencianita, dando visibles muestras de incompreensión ante el visillo y las cortinas que sirvieron para la confección casera de su arbitrario indumento, les preguntaba con marcadísimo interés:

—¿Hacen ustedes el favor de decirme de qué va vestida esta pobre criatura?

¡Buenos se pusieron Valeriano y Eduvigis! A punto estuvo de ocurrir una hecatombe. Menos mal que intervinieron oportunamente los guardias, y los enfurecidos cónyuges trocaron su indignación en asombro respetuoso ante la marcialidad imponente de sus nuevos uniformes!

ADOLFO SÁNCHEZ CARAERE.



El teatro en Barcelona.

LA TRAGEDIA, LA ÓPERA, EL DRAMA, LA COMEDIA, LA ZARZUELA, EL SAINETE Y LA REVISTA

Sófocles y Borrás.

Después de su temporada madrileña de La Latina, Enrique Borrás se ha presentado a sus paisanos en el teatro Romea, haciéndoles en catalán *Edipo, rey*, la magnífica tragedia de Sófocles. ¡Lástima que no la hiciese en castellano cuando estuvo en Madrid, donde, sin embargo, representó otras tragedias que no eran precisamente de Sófocles!...

Aquí de seguro que no las hará, pues no creemos que las traduzcan a la lengua de Maragall. Eso irán ganando los catalanes...

Smetana en España.

El gran músico checo, conocido solamente en nuestro país por algunas de sus obras sinfónicas, acaba de estrenar en El Liceo su famosa ópera cómica *La novia vendida*, que llega a nosotros con un retraso de medio siglo. Es, sin embargo, una partitura fresca, deliciosa, brillante, en la que se glosan los cantos populares bohémios con la sabiduría y la gracia del insigne maestro, al que tantas páginas bellísimas debe la música checa.

Después de *El caballero de la rosa*, de Strauss, y de la teatrología wagneriana, la música de *La novia vendida*, tan risueña, tan popular, tan melódica, ha sido su descanso para los abonados...

«El vértigo», Morano.

Morano nos ha dado a conocer en el Goya, donde actúa, un dramón traduci-

do del francés que se titula *El vértigo*, cosa para estómagos fuertes. Ahora anuncia *El solar*, comedia escrita para él por Juan José Llorente, el autor de *Madrigal en las cumbres*.

Tudela en el Poliorama.

Con al estreno de *Los emigrados*, de Fernández Portero, celebró su beneficio Alfonso Tudela, que obtuvo un gran triunfo personal.

La prensa barcelonesa consagró grandes elogios a la labor del joven comediante, que tan brillante campaña ha hecho al frente del popular teatro de la Rambla.

La Pino y los Quintero.

La Empresa del citado teatro lo cedió por unos días a Rosario Pino, que nuevamente se despide de España con el estreno de *Concha, la limpia*, comedia quinteriana que ha sido un gran éxito.

Ricardo Calvo también...

Se ha despedido de los barceloneses, alcanzando el mayor éxito económico de los teatros de Barcelona. Sus representaciones de nuestro teatro clásico y romántico se han contado por llenos. Le ha sustituido en el Barcelona Perico Zorrilla con sus huestes, bastantes endebles, por cierto, estrenando *Manía persecutoria*, un disparate en el que el gran cómico está a la altura de su nombre.

El As, teatro de Talía.

El precioso *music-hall* ha sido convertido en teatro, inaugurándolo como tal la compañía de Pepita Meliá y Benito Cebrián, de los cuales la Prensa provincial hace grandes elogios. Después, hará una larga campaña Pedro Barreto con sus operetas y zarzuelas, y conoceremos una nueva *Doña Francisquita*, con un «Cardona» creado por el popular actor, que rivaliza con los «Cardonas» de Palacios y de Manolo Hernández.

El As, otro local que pierden las varietés y que conquista el género grande. Hacemos votos porque se llame Talía mucho tiempo y no vuelva a ser el As... o la sota de bastos, ¡que todo pudiera ser!

«Los gavilanes.»

Ha sido un exitazo esta zarzuela de Ramos Martín y Jacinto Guerrero en el teatro Nuevo. Fueron repetidos todos los números entre grandes ovaciones, y el joven maestro, mimado de la fortuna, tuvo que dirigir la palabra al público. *Teodoro y compañía*, del mismo fecundo compositor, alcanzó en Apolo un *succés d'estime*, proporcionando un gran triunfo a la seductora Gloria Guzmán, pero no ha sido, desde luego, el éxito grande de *Los gavilanes*.

«La leyenda del beso.»

Después de una semana de grandes reclamas y augurios felices, fué estrenada en el Tivoli esta zarzuela, que de Madrid venía envuelta de una aureola, que desgraciadamente no suele ser favorable a las obras, antes de ser conocidas. No quiere decir esto que la obra de Reoyo y Paso, Soutullo y Vert, haya sido un fracaso; pero no ha sido tampoco un

éxito, como era de esperar. *Pepe, el sereno*, de Montenegro y Peña, música del maestro Balaguer, fué más aplaudida, a pesar de tratarse de un sainete madrileño. La compañía de Caballé y Peña no encuentran la obra de la temporada. Veremos si sale de los doce estrenos que tiene preparados...

«Los celos de la Celes», no.

El sainete de Candela y Nieto, con música de Alonso, que se estrenó en el Victoria, no agradó nada al público del Paralelo. Dice el crítico de *El Liberal*: «este sainete aspira a seguir las huellas que trazara el inolvidable Ricardo de la Vega; pero ¡ay! que el señor Candela da poca ídem para semejante empeño, y el señor Nieto no lo es de aquel privilegiado y casticismo ingenio». Como puede verse, el compañerismo no llega a Barcelona, se queda en los periódicos madrileños.

«Bric a Brac.»

Esta es la revista que se hace en el Principal Palace y cuya postura en escena es verdaderamente digna de Gibert, su rumboso empresario, quien nos ofrece un conjunto de francesillas y de inglesas, que convierten las simpáticas Ramblas en un bulevar parisién, en una *place de la city*...

La actualidad barcelonesa no nos ofrece otras novedades que las someramente referidas. Millán y Sagi Barba, los héroes del pasado mes, han dejado su puesto a Guerrero y Vendrell, que empieza a popularizar *Los gavilanes* por la ciudad condal...

¿Quiénes serán los mimados por el público mañana?...

SALVADOR VALVERDE.

ESTAMPA CANALLA

Es la madrugada.
Implacable helada.
Se oye en la calleja
una canción vieja.
Estampa canalla:
«Doliente morralla».
Detrás de una esquina
a ella se adivina.
El roto mantón...
¡La eterna canción!
Fingen los faroles
tenues arboles.
Cruzan, lento el paso,
ruinas del acaso:
Sabios piruetistas,
«fieros» camorristas
de rostros de hambre,
sucia la pelambre.
Y un poeta hampón...
¡La eterna canción!
Sonido de cobres
en las casas pobres,
Son besos pagados
de labios pintados.
El vicio, la anemia.
¡Y esto es la bohemia!
Triste pesadilla
que hiere y que humilla.
Gris desolación...
¡La eterna canción!

MIGUEL PÉREZ FERRERO.

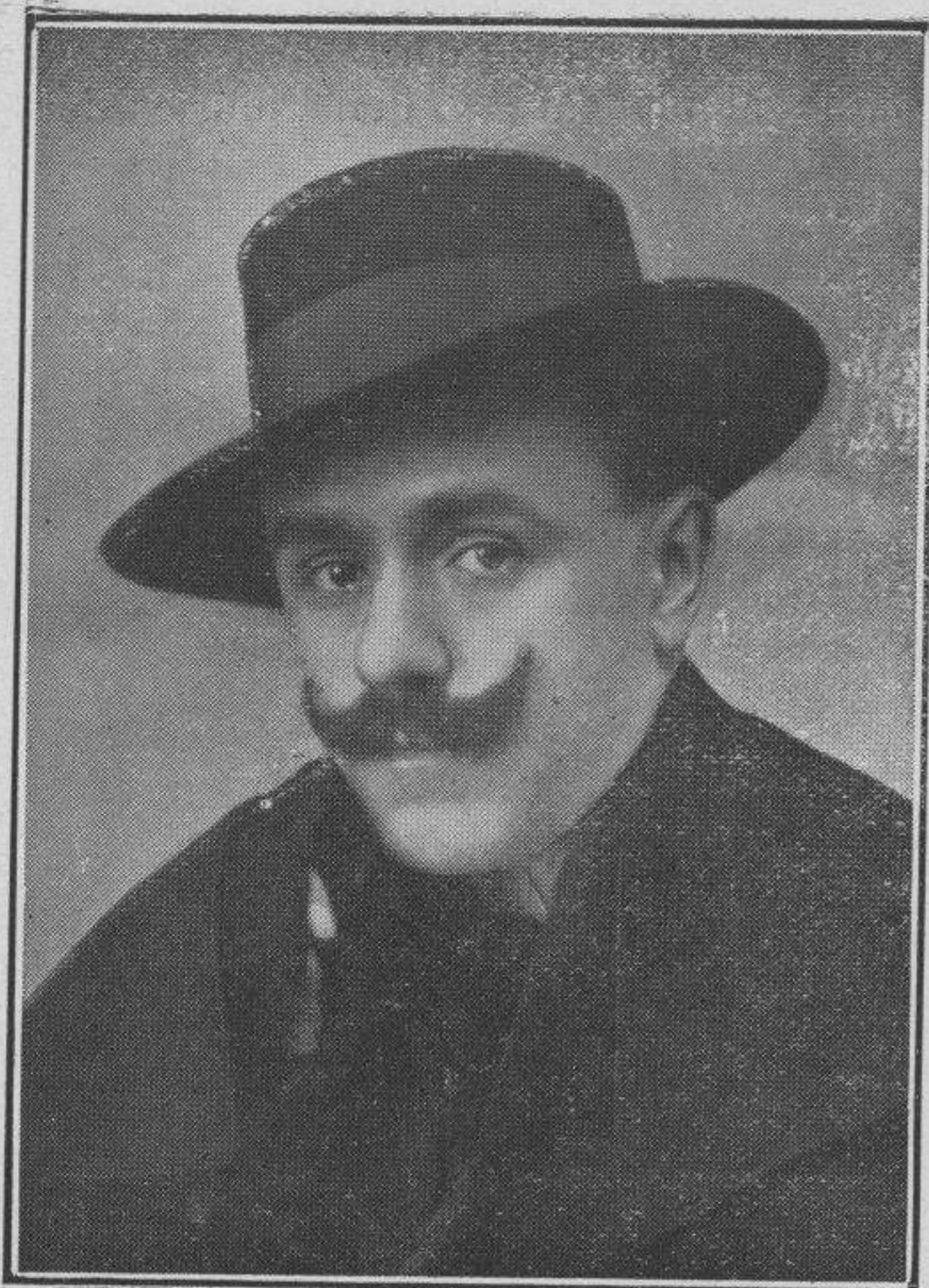
MARCHEMOS JUNTOS

Hermano de penas, quimeras y duelos;
febril sacerdote que busca en los cielos
la huella que puso la Diosa Verdad.
No sigas la senda del loco misterio.
No temas hundirte tras el falansterio
de un sueño geatil de voluptuosidad.
Invoca al infierno en tu santa goecia:
al mundo falsario, soberbio, desprecia;
no sólo en la vida se encuentra el dolor.
Hay algo sagrado que sólo el cobarde
desdeña con loco y estúpido alarde,
y ese algo se llama: La luz del Amor.
Marchemos unidos tras nuestras pasiones,
sin oír los ladridos de eunucos e histriones.
Nuestra alma sedienta levante un altar;
y allá en los palacios de nuestra quimera,
busquemos la dicha, divina, hechicera,
de aquella que brinda la gloria de amar.
Y allí entre las copas del vino sangriento,
daremos espacio para el pensamiento;
y al ritmo de un verso y un trago de alcohol,
al ser olvidados los mil episodios
que antaño llenaran nuestra alma de odios,
podremos, ya libres, cantar cara al sol.

PEDRO MIQUEL.

Barcelona, 1924.

Para anuncios, Prado-Tello
Cruz, 10, entresuelo



LOS LIBROS

«Estrellas y bólidos o estrellas y mamás»
por A. Sánchez Carrere

ADOLFO Sánchez Carrere el popular y saladísimo escritor festivo que honra nuestra revista con su asidua colaboración, ha puesto a la venta un libro que es un tratado de humorismo, sátira fina y observación.

Conocedor como pocos del ambiente varietinesco ha hilvanado unos cuadros tan llenos de vida y calor, que más de un bólido o estrella de la canción creará verse en un espejo al leer las páginas de este libro sabroso y humorista.

A continuación y para que el lector juzgue del interés de este libro, publicamos un capítulo entresacado al azar.

* * *

EL dualismo es una ley tirana y caprichosa que, sin saber por qué, nos obliga a tomarlo todo por parejas: los calcetines, los huevos fritos, los guardias de Seguridad, etc., etc.

Por virtud de esta ley, no se puede mencionar a Daoiz sin recordar a Velarde, ni ovacionar a Loreto sin aplaudir a Chicote, ni protestar a Maura sin poner verde a La Cierva, ni mucho menos evocar la memoria de Romeo sin el recuerdo inmediato de Julieta (y perdone tan distinguida amadora que no la haya citado antes, debido al natural respeto que los caballeros me infunden, cuando de citar a sus señoras se trata.)

He aquí la razón del por qué la popularidad de una cupletista va siempre acompañada de la celebridad de una madre, un padre, una hermana o un tío, curiosos ejemplares de la zoología familiar, entre los cuales hay muchos que son célebres.

Claro está que estos satélites son patrimonio exclusivo de las «estrellas».

A las teloneras y números de relleno, que ganan menos de veinte duros, les está terminantemente prohibido tener padre, madre o cualquier otro miembro de la familia que haga sus veces.

Prueba de ello que las Empresas de provincia no les pagan a estas modestas «artistas» (*passsez le mot*) más que un viaje en el cumplimiento de sus contratos.

Entre los numerosos aficionados al género frívolo de las «varietés» resulta casi imposible hablar de esta o aquella «cupletista» famosa, sin acordarse al punto de su padre, de su madre o del pariente en funciones.

Y en verdad que semejante parentela no deja de ser acreedora a la popularidad que disfruta.

Salvo honrosas y muy escasas excepciones, el pariente administrativo de la cupletista es de lo más parecido que ustedes pueden imaginarse a un ser racional.

Algunos llegarían a confundirse con las personas sino fuera por que cinco minutos de trato superficial bastan para deshacer en seguida el error.

Así ha debido comprenderlo cierta afamada cancionista, cubana ella, la cual, careciendo de tan imprescindible arma defensora, y cansada, sin duda, de andar solita por el mundo, se ha llevado a su casa un precioso chacal. Y en el comedor lo tiene, magníficamente instalado, para encanto de las visitas, castigo de los agentes teatrales y espanto de los autores de cuplés. Estos, que constituyen quizá, la plaga más temible del género «varietítico» ante el temor de la pérdida probable de una extremidad inferior que les impida seguir escribiendo, no se atreven a frecuentar el hogar de la citada cupletista, por lo que la felicitan cordialmente.

Es lo que ella dice:

—Cuando una artista no tiene madre, ni padre, ni pariente que la ladre. ¿Qué va a hacer sino buscarse compañía?

Y tiene razón.

¡Las hay que son fieras!

Abundan también las cupletistas que, privadas del impedimento paternal, se hacen acompañar a todas partes por un perro chico, cuanto más chico, mejor.

Este privilegiado animal que de tan envidiables preferencias goza despierta, en no pocas ocasiones, las justificadas e irascibles protestas del amator en activo.

La otra noche, en un elegante restaurante de esos donde se sirve el café con media y calzón corto, sorprendimos a una de las «estrellas» más rutilantes del género «varietinesco», cenando en unión de su obeso protector y su microscópico can.

—¡Van diez y sietel! ¡Y en el hocico todos—exclamaba él.

—Pero, Paco, ¿qué dices?

—Que parecen demasiados besos para un animalito tan feo como ese.

—¿Vas a tener celos de «Melquiades»?

—Pudiera ocurrir.

—¡Tú estás algo tocado!

—No tanto como tú; pero algo sí, lo confieso. Pase que te empeñes en sacarle al perro cédula personal y que en la mesa le hagas servir un cubierto aparte. Lo que no puedo tolerar es que delante de mí le prodigues los ósculos de esa manera tan escandalosa.

—¿Y eso te extraña? ¿Olvidas acaso que soy una pobre huérfana?

—No veo la relación que con tu orfandad guarden las excesivas demostraciones de cariño que le dedicas al chuchó.

—¡Ay, Paco! No lo puedo remediar. ¡Si vieras lo que el pobrecito se parece a mi padre!

◎ ◎ ◎

MOTIVOS

El último tren de la noche

En la estación minúscula se ha sentido un temblor...

(Allá, lejos, el pueblecito arropado entre sombras.)

Todo es silencio adormeciente.

Los reverberos, ojerosos de acetileno, tiñen los rostros de azulencia palidez cadavérica...

Hay adustez, incordialidad en los hombres, y en las cosas. Unos encapuchados, con pantalones azules, van y vienen al ritmo de sus faroles de petróleo, que ya se han despertado...

Y el Factor—el hombre-máquina de *El pueblo gris*—vocifera agriamente números y horas ante el teléfono...

Chirían las cadenas de un vagón. Allá se ven parpadeantes, los puntos sangrientos—luces—del paso a nivel...

Distanciados, unos cuantos viajeros, gruñen imprecaciones...

... Como un tumulto de sensaciones vibrantes, llega el tren de ojos exaltados y ruidaje mecánico. Viene guiado por dos destellos rielantes.

Unos dedos pulidos han rasgado el visillo de escarcha en el turbio cristal de la ventanilla.

Por los arañazos hemos visto un rostro lívido de mujer enferma de noche, que espera la medicina sensual de la aurora...

(El tren pasa dejando el guiño vizco de su linterna posterior.) Y la estación se emboza en sombras.

El pueblecito duerme acurrucado y salpicado de estrellitas eléctricas ..

LVIS LOZANO

1924

◎ ◎ ◎

OBSERVACIONES

Hay goces en que se tiembla, y no hay mujer que no haya temblado de gozo alguna vez.

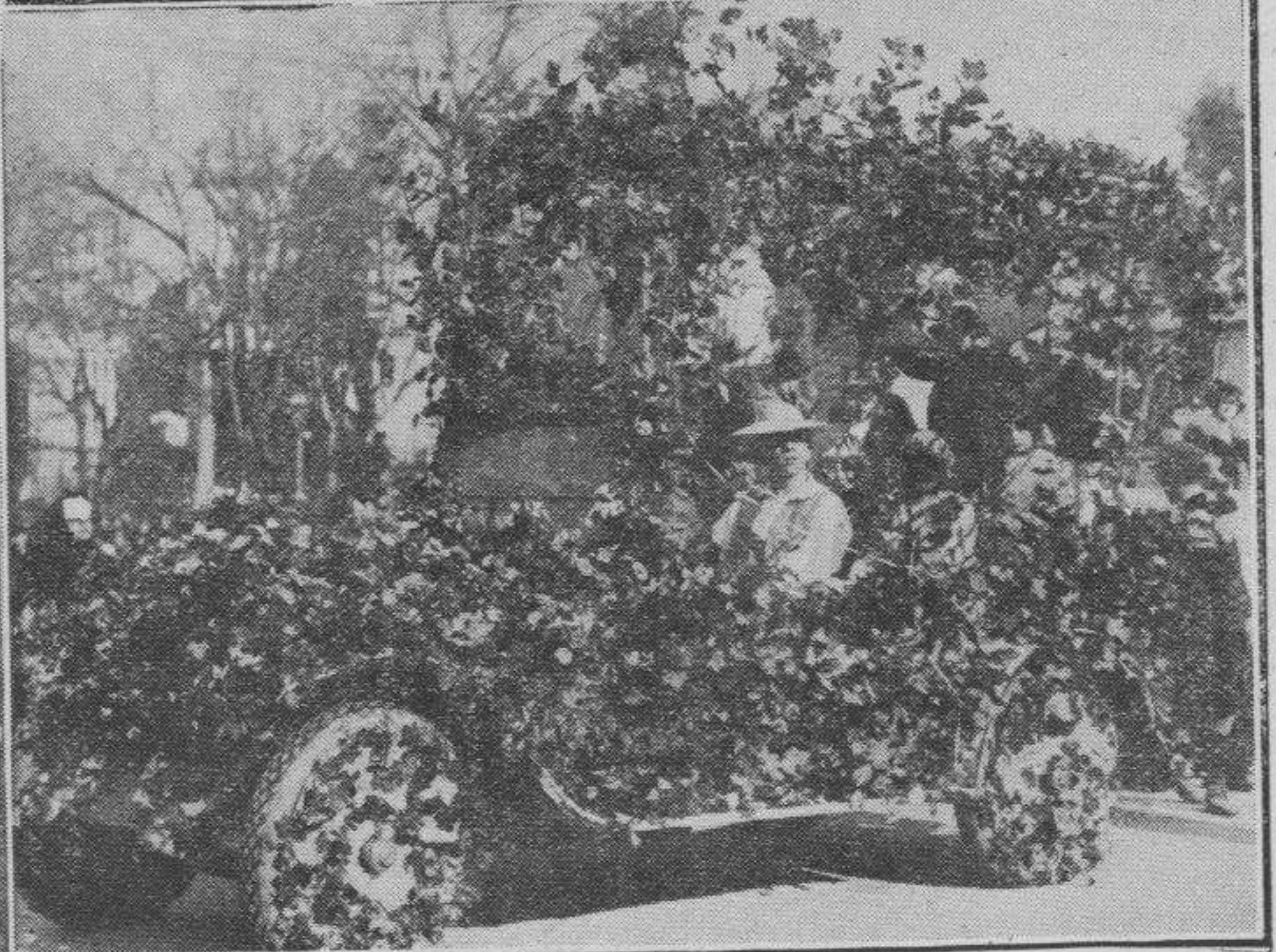
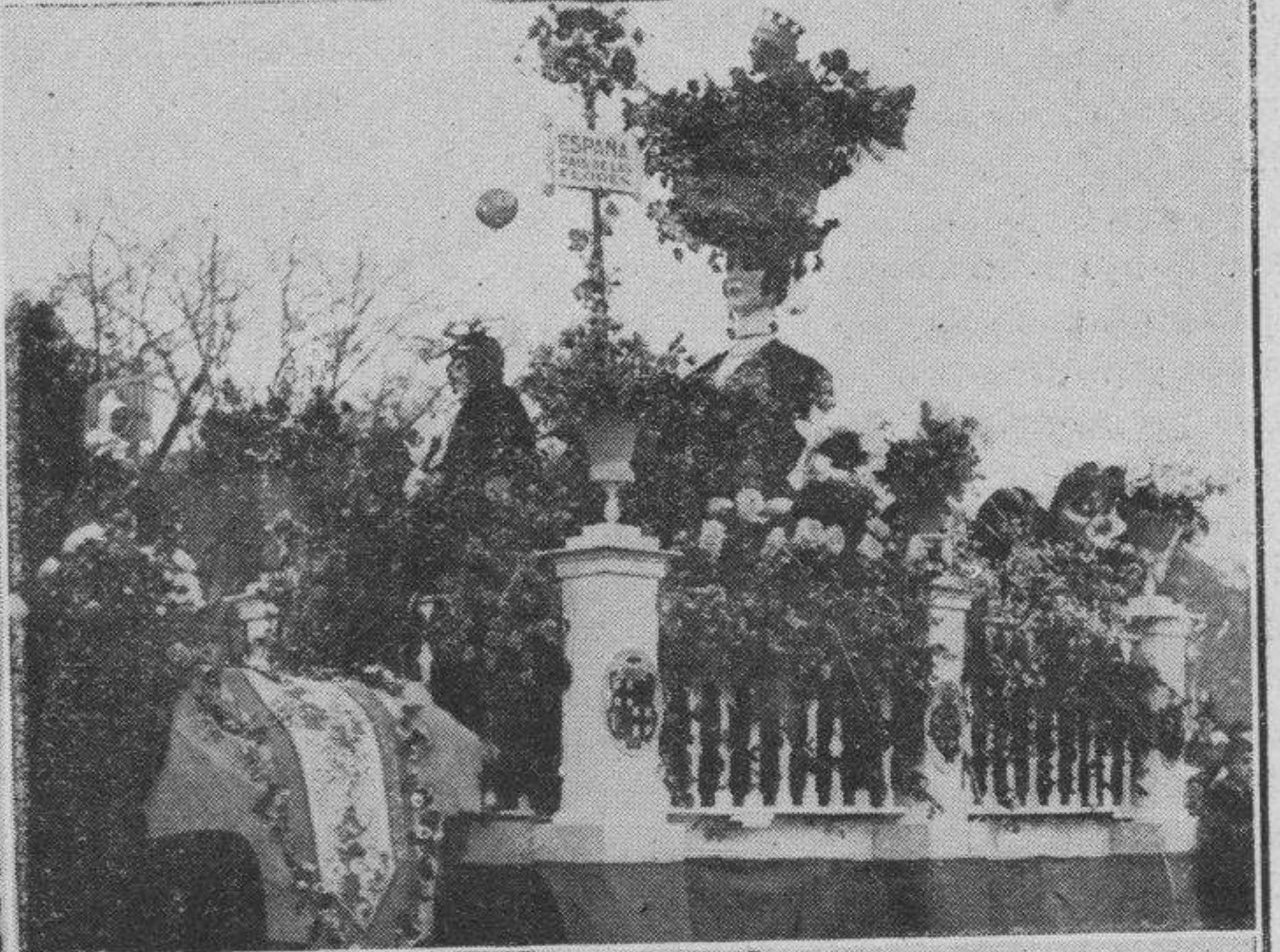
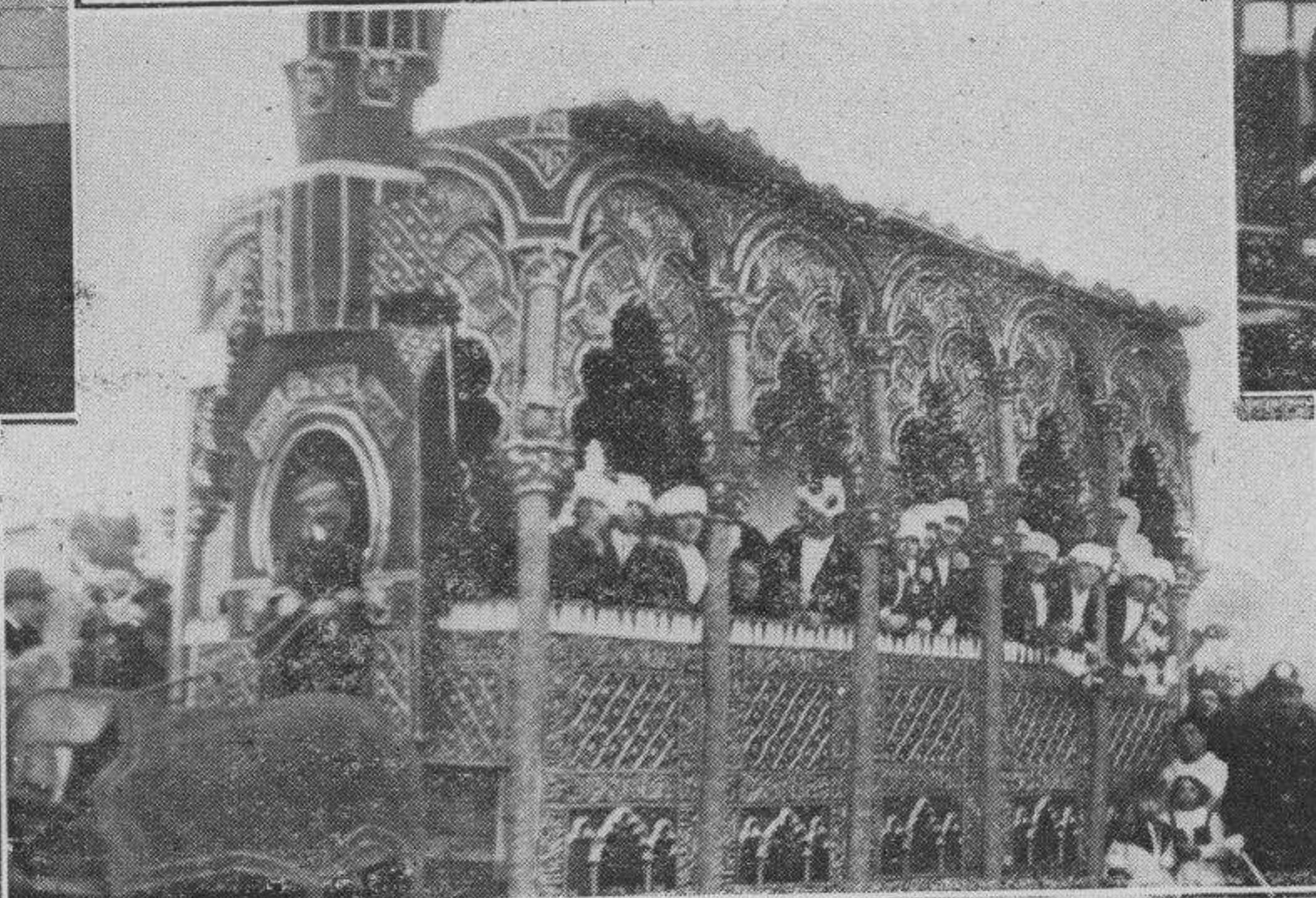
El desarreglo moral de algunas mujeres nace de que, por atender a las modas, descuidan los modos.

Delante de señoras no habléis nunca de ingratitud ni de perfidias, porque es de mal gusto.

Muchas mujeres tienen callos en las manos; muchísimas los tienen en el corazón; bastantes reúnen unos y otros; pero sin callos no he visto ninguna.

LUCIANO BOADA.

Notas gráficas
El carnaval en Madrid



1. Emperador chino, primer premio de máscaras a pie.—2. Una boda en Angora, primer premio de carrozas.
3. Segundo premio de máscaras a pie.—4. Evolución del corral de la Pacheca, segundo premio de carrozas.
5. España país de flores, tercer premio de carrozas.—6. Gatas y gatos, primer premio de coches engalanados.—7. Bajo las parras, segundo premio de coches.

Fotos Pio.

La escritora Titayna

UN milagro literario! murmuran llenos de admiración y entusiasmo aquellos que han leído, aunque sea superficialmente, la novela de Titayna, la gentil y hermosa escritora francesa. ¡Un milagro literario! Ha dado en llamarle el cosmopolita Gómez Carrillo, para quien las páginas de *Simplemente* escritas por una mano delicada al latir de un corazón de veinte años, inspiran toda la emoción que un artista puede sentir.

Titayna, bella, sencilla y candorosa, con una sencillez que realza más aun su donosa hermosura, parece enamorada silenciosamente ante su mesa de trabajo, un amor simpático y extraño por aquellos libros de autores famosos que la hicieron desentrañar el misterio de la vida, presentándola completamente desnudos los caracteres de las personas, haciéndola vivir, siquiera unos minutos, en la realidad de la existencia, que ella considera pobre y miserable y trata de endulzar con sus escritos. Su estilo es humilde, se contenta únicamente con la armonía de los pliegues helénicos; busca la naturalidad y dice que ésta se halla en todos los altos humanos.

Para quienes no la conozcan o no hayan experimentado esa casta ternura de que se encuentran impregnadas sus obritas, Titayna no pasará de una escritora que comienza su carrera, sin que se pueda conjeturar sobre su porvenir. Pero los que hayan estado en París y concurren a alguna reunión literaria o a algún banquete artístico, se habrán sentido atraídos por la simpatía, el candor y la dulzura de la gentil artista francesa.

En la *rue de Hamellin*, como una princesita soñadora, vive Titayna. Su biblioteca es escogida; hay en ella lugar para acoger obras de todos los autores: españoles, rumanos, ingleses, rusos, serbios. Es la sociedad literaria un mundo completamente distinto al de la guerra y las bajas pasiones.

—Aquí, en el arte, todos somos hermanos...— dice la *jemme femme*, mientras sonreía picaresca y burlona.

—¿Qué cómo empecé a escribir?— me pregunta conociendo mis vehementes deseos—. Fué un día, después de perder para siempre a mi padre, cuando comprendí el verdadero significado de esa palabra que se llama *muerte*; sentí en mi alma ese dolor tan común que es la mayor naturalidad y la sola fuerza. Porque la muerte, a su paso, convierte a las maldades, reduce el vicio y une más a los corazones que parecen separarse; la muerte vence al odio; cuando ella aparece, el amor es mayor, por eso nos conmueve tanto su llegada suprema. Viví horas de delirio angustioso, abandonada de toda compasión, y desde entonces mi amor misterioso y silente halló en el arte el único consuelo. Esto, señor, es mi novela *Simplemente*, la novela de un corazón endurecido por los embates de la adversidad, algo así como un tratado especial de psicología feme-

nina, su protagonista es un caso extraordinario e inaudito de abnegación...

—Luché con dificultades enormes —confiesa la artista conmovida— hubo días que mis escritos eran leídos con una indiferencia extremada; algunos directores de periódicos rehusaban insertar los artículos, pero no desmayé nunca y ya ve usted cómo ahora la fama y la fortuna llegaron hasta mí...

Pero mi labor literaria no ha tocado todavía a su fin; es ésta una carrera ingrata, que produce poco y sin embargo, cuenta con muchísimos admiradores. El secreto de la literatura está en construir nuevos moldes y emprender otros derroteros; nadie que tenga voluntad evocará los tiempos pasados, ni recordará la obra de los literatos gloriosos contenida en la historia de las naciones cultas. Quien tal cosa haga, no será ciertamente un enamorado del trabajo. Tampoco conviene dormirse en los laureles. Conformarse ante los albores del triunfo dorado significa renunciamento, cansancio más censurables que la derrota misma. La envidia no me importa, es un enemigo corriente y vulgar merecedor tan solo del desprecio más grande...

—Eso soy yo, ya lo sabéis, caballero español, que el orgullo de nuestra raza y la nobleza de vuestra estirpe, sigan siendo consejeros fieles para mis escritos melancólicos...

Titayna sonríe; su sonrisa tiene todo el aspecto de una ficción dolorosa. Sus veinte años hermosos como la primavera, han tenido lugar para recoger la amargura secreta e insondable de la Vida.

¡Un milagro literario! es verdad; un milagro que brotó del alma artista y pura de Titayna e invadió en poco tiempo a la Francia intelectual sembrando de admiración y saturando el espíritu.

París

ALFONSO AYENSA



Los piropos

Hay personas que únicamente salen a la calle para oxigenarse; otras se dedican a ver los escaparates y a criticarlos; pero la mayoría del elenco masculino sale exclusivamente a decir piropos a toda mujer que se lo merezca.

Y no sólo a decir piropos, no; salen también a... ¿cómo lo diríamos?... A colocar emplastos y parches a todo el que se preste a ello.

—Oye, Manolo; atiende a esa mujer que viene acompañada de ese primo.

—¿Cualquiera la dice algo!...

—Yo mismo.

—Por eso digo que cualquiera.

—Atiende otra vez. ¿Qué me dices de aquella que se acerca contoneándose?

—Adiós, preciosa. ¿Me quiere usted dar una pestaña?...

—¿Para saltar a la comba? Eso ya es muy viejo, pollo.

—No; te has colao, hija mía. Es para enseñarla a los amigos como modelo miniatura.

—¿Descarao!

—Deja a esa presuntuosa, porque vie-

ne por aquí una niña bien que es una preciosidad.

—Pero viene prevenida.

—¿Prevenida?

—Claro; trae carabina.

—Mírala. ¡Qué riquísima! ¡Vaya unos andares más requetegraciosos!

Usted y un coci, lo mejor que hay.

La venus piropeada se aleja moviendo voluptuosamente las caderas; la vieja acompañante también se aleja; pero ésta es moviendo asquerosamente los zapatos.

—Pero, ¿te has fijao? Es una mujer cañón.

—¿Pues qué me dices de la carabina?

—Mucho y malo.

Callan, y siguen adelante. Ya no saben lo que hacer. Todo el día diciendo piropos supone muchísimo trabajo. Pero nunca falta una idea...

—Manolo, ¿quieres que nos dediquemos a prestidigitadores? ¿No comprendes? Hacer trabajos manuales para matar el tiempo.

—A ver si nos matan a nosotros.

—No es fácil. Anda p'abajo. El metro va a ser con nosotros.

—Vamos, ya que te empeñas.

—¡Rediéz, qué pantorrillas se filan desde aquí!

—Cambia la visual y chanela qué picadora.

—Es verdad. Tiene usted unos ojos que parecen dos bombillas de noventa bujías.

—Eso en nosotras es corriente.

—Y en cualquier electricista también. Adiós negrucha.

—¡Vaya usted a paseo!

—Contigo, princesa subterránea.

—Déjala, porque me parece que esa picadora está picada.

—¡Pues no la hemos dicho nada desagradable!

—¡Si digo de viruelas!

Nada más llegar a la estación, un tren procedente de Atocha les brinda cobijo en una de sus plataformas.

Sus más cercanos compañeros de viaje son una parejita de novios y tres sacerdotes. Por escasez de faldas no queda.

Gran Vía... Tribunal... Bilbao...

—Oiga, jovencito: cuando vea a una mujer acompañada respétela.

—¿Qué hecho yo?

—Casi nada. ¡Qué tío más frescol! Todavía se hace el loco. Más valiera un poquito de educación.

—¡El mal educao lo será usted!

—¡Eso, usted! ¡Y, además, un sinvergüenza!

—¿Yo? ¿Cómo ha dicho usted?

—¡Sinvergüenza!

—¿Cómo? ¡Repita eso si se atreve! ¿Cómo ha dicho?

—¡Sinvergüenza!

—¡Ah, bueno! Por eso...

Y no pasó nada absolutamente.

Nosotros, desde estas columnas, enviamos un aplauso a esos señores que, arrostrando mil peligros y responsabilidades, reconocen el verdadero valor de la belleza de la mujer española.

Parte de ese aplauso es para nosotros mismos.

LUIS MONTERO.

FIGURAS DE VARIEDADES



Tina de Jarque

Tras una prolongada ausencia, durante la cual, el tirano cine y el cosmopolitismo encantador de los Music-Halls extranjeros la tuvieron presa entre sus áureas garras, vuelve a la Corte esta bella y sugestiva artista de las frivolidades, y es el teatro Eldorado, con su aire de renovación y de bullicio, el que, ganoso de servir a su público las más seductoras atracciones, nos la brinda en

sus programas como estrella de la picardía.

Tina de Jarque, plena de belleza, maravillosa de línea, sugestiva en el decir y mareante en la expresión, ha cautivado la voluntad de los espectadores desde el día de su presentación, y en todo momento premian su trabajo y su presentación dislocantes, grandes y nutridas ovaciones.

La Empresa de Eldorado, al ofrecer a sus asiduos concurrentes la reaparición de Tina de Jarque, ha patentizado, una vez más, sus deseos de corresponder al favor creciente que el público le hace, y la bella artista nada ha perdido con ello, pues el marco coquetón y liviano de este local es el más adecuado para lucir plenamente su eurtimia sugestiva y la picardía de su gesto de pilluelo montmartrense.

* * *

También Merceditas Fifi es una artista de la canción frívola, que tras una larga actuación por provincias, plena de triunfos, vuelve a la Corte y se presenta en Eldorado a reverdecér, una vez más, los muchos laureles que en Madrid tiene conquistados.

Merceditas Fifi, que vive sólo para su arte, bien ganado se tiene un puesto de honor entre la pléyade de cancionistas que a diario salen a la escena a hacer de ésta escaparate de sus encantos, aunque con ello nada gane el género frívolo.

Fifi, que ha actuado ya en todos los



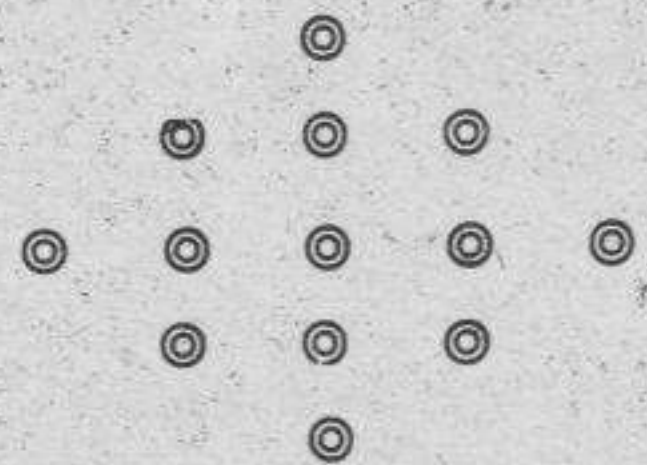
Mercedes Fifi

locales de Madrid con éxito, sin pretensiones absurdas, pero defendiendo su puesto modestísimo con ansias de llegar, es digna de ello, y no creemos que, dadas sus facultades y su cariño al género que cultiva, tarde mucho en realizar sus legítimos anhelos de ver su nombre en los carteles en puestos que la acaben de imponer plenamente.

F. P.

SECCION DE PASATIEMPOS

Número 1.



Sustituir los puntos por letras de forma que se lea de arriba abajo y de izquierda a derecha. 1.º—Consonante. 2.º—Signo zodiacal.—3.º—Nombre de varón.—4.º Verbo.—5.º Consonante.

Número 2.

Elogio.

PARENTESCO
FLOR

Número 3.

Charada.

—Primera-segunda, dame la primera-tercera—
—Tercera.
—¿Por qué?
—Porque está en la tercera-segunda *Todo* y podría disgustarse.

Número 4.

Reparto.

S. V. R. S. R. N. L. G. M. L. N.
A. I. E. A. I. E. A. U.

Repartir las vocales entre las consonantes de forma que se lea el nombre y apellidos de un popular autor.

Número 5.

Comprimido.

LA - AMAZONAS

Soluciones a los pasatiempos del número anterior:

Al número 1.—Francisco Alonso.
Al número 2.—Ante-la-ción.
Al número 3.—Ro-sa-rio.
Al número 4.—Mallorca y Menorca.
Al número 5.—Ante-P. núl-timo.

Imprenta Artística.—Norte, 21, Madrid.

ASTRONOMÍA DEPORTIVA



Nuevo método para estudiar el sistema planetario sin aparatos científicos.

LAS TRIUNFADORAS



CLARA DE MILANI